PUEBLA DE LAS MUJERES

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1912, by S. y J. Álvarez Quintero.

SEGUNDA EDICIÓN

4738pu

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

PUEBLA DE LAS MUJERES

COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el Teatro Lara el 17 de enero de 1912

15-5-913
1/9/20

MADRID
1919

MADRID —Imp. Clásica Española. Glorieta de Chamberí.—Teléf. J. 430

A DON JOSE ECHEGARAY

ILUSTRE AUTOR DE «EL GRAN GALEOTO», SUS

ADMIRADORES DE SIEMPRE

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CONCHA PUERTO	Joaquina del Pino.
JUANITA LA ROSA	Catalina Bárcena.
SANTITA	Leocadia Alba.
DOÑA BELÉN	Virginia Alverá.
ÁNGELA	Mercedes Pardo.
PILAR	Mercedes Latorre.
DIEGUILLA	Eugenia Illescas.
UNA MUCHACHA	Carmen Seco.
ADOLFO	Luis Manrique.
DON JULIÁN	Alberto Romea.
DON CECILIO	Francisco Palanca.
PEPE LORA	Francisco Barraycoa.
GUITARRA	Salvador Mora.
UN SACRISTÁN	Guillermo de Mancha.

Todos ellos, a excepción de Adolfo, Don Cecilio y Doña Belén, hablan con pronunciación andaluza.

ACTO PRIMERO

Hay en muchas casas de muchos pueblos andaluces un lugar, el primero en que se da al abrir la cancela, familiar y cómodo, llamado «media casa» en algunos de ellos, que hace veces de patio sin serlo, y de sala de recibo a la par, aunque sin alcanzar tan alta jerarquía. Pues bien: en este simpático recinto, fresco y agradable, y en la casa de nuestro buen amigo don Julián Figueredo, cura párroco de Puebla de las Mujeres, pasan los sucesos de esta comedia.

A la derecha de la actriz, en segundo término, la cancela, de sencillo herraje, que da al zaguán y que está abierta siempre. A la izquierda, en el centro de la pared, una puerta vidriera con medio punto, también de cristales. Al foro una gran puerta semejante a ésta, pero de tres cuerpos.

A través de ella se ve un jardín de encaladas paredes y suelo enladrillado y rojizo, con escasos árboles y gran copia de macetas en flor, pintadas todas de celeste.

Junto a la cancela, en primer término, y empotrado en la blanca pared, lo que allí se llama un chinero, o sea una especie de aparador con puertas de cristales de arriba abajo. En él se guarda, amén de otros cachivaches más o menos útiles, esa vajilla primorosa y fina que no suele servir más que en las grandes fiestas.

Techo de bovedillas, suelo de losetas encarnadas.

Muebles pocos y muy sencillos: un velador, un perchero, dos mecedoras y sillas antiguas de rejilla. En las paredes algunos cuadros sin pretensiones, y un par de esterillas con retratos en fotografía. Sobre la cancela una imagen de la Virgen que se venera en el pueblo, debajo de la cual hay, clavada y sujeta en la pared, una seca ramita de olivo.

Es de noche y en el mes de junio. Pendiente del techo, en el centro de la habitación, una gran lámpara encendida.

Don Julián y Santita, cómodamente sentados, revelan en su actitud la más profunda calma. Don Julián consulta una lista de la lotería, buscando inútilmente en ella dos números cuyos decimos juega. Santita hace pitillos a máquina para don Julián. Son hermanos, y ambos tienen más de sesenta años y menos de sesenta y cinco. Don Julián oye todo lo que hay que oír, porque confiesa a la mayoría de las mujeres del pueblo, y Santita no oye nada absolutamente, porque es sorda. Su actitud, por lo mismo, es de constante observación y recelo.

Don Julián está de sotana y usa una gorrilla de seda con visera, para defender su venerable calva de resfriados, moscas y mosquitos. Santita viste hábito negro.

Don Julián. ¡Vaya! Ni un trece mil quinientos siquiera. ¡También es suertecita la mía! No salgo de pobre. A ver el otro.

Dentro, allá muy lejos, en la cocina, rompe a cantar Dieguilla, la más joven y revoltosa de las criadas de la casa. Don Julián suspende su tarea y la escucha. Santita a poco se da cuenta de ello.

Dieguilla. *Cantando.*

Para pazá ratos güenos
a penzá me pongo en ti,
que erez entre los morenos
er más garbozo que vi.

Santita. *A mitad de copla.* ¿Qué es eso? ¿Canta aquel demonio?

Don Julián. No.

Santita. Sí. No tengo más que verte la cara. ¿El fandanguillo de su pueblo, verdad? *Deja los piti-*

llos y se va por el jardín hacia la izquierda a mandar callar a Dieguilla.

DON JULIÁN. ¡Bendito sea el Señor! La única que no la oye, y la única que se incomoda por que cante. Cierto que la Dieguilla es un grillito, es un grillito...

La copla de Dieguilla se corta en la repetición de uno de sus versos bruscamente. Vuelve Santita satisfecha:

SANTITA. Aquélla se cree que está todavía en la posada de su pueblo.

DON JULIÁN. *Levantando un poco la voz por instinto, no porque espere que lo haya de oír su hermana.* Se te irá ésta también, como la otra y como todas.

SANTITA. ¿Qué?

DON JULIÁN. ¡Que se te irá ésta también!

SANTITA. *Entendiéndolo como siempre, y como a todo el mundo, por los ademanes y el movimiento de los labios:* ¡Que se vaya! Tal día hizo un año. En casa de un sacerdote no se deben cantar copluchas. *Reanuda su labor.*

DON JULIÁN. *Después de buscar en la lista el otro número.* Pues, señor, bien. Habrá que creer que la lista viene equivocada. Este siete por fuerza es un cuatro.

Pausa. Aparece por la cancela Adolfo Adalid, heroe de esta jornada. Es un muchacho madrileño, atildado y correcto. Habla con natural desenvoltura.

ADOLFO. ¿Se puede pasar?

DON JULIÁN. *Levantándose a recibirlo.* ¡Ya lo creo! Adelante, amiguito, adelante.

ADOLFO. ¿Cómo está usted?

DON JULIÁN. Bien, ¿y usted?

ADOLFO. ¿Usted me conoce?

DON JULIÁN. ¿No he de conocerlo, criatura? Desde que hace ocho días se bajó usted del coche en la pla-

za. Y ya echaba yo de menos esta visitita. Voy a presentarlo a usted a mi hermana. Es sorda la pobre, pero no hay que alzarle la voz: se entera de lo que se le habla por el movimiento de los labios. Santita.

SANTITA. Señor mío...

ADOLFO. Señora...

DON JULIÁN. Éste es el sobrinito de Esperanza Lucena.

SANTITA. Ya, ya sé quién es. Pasa por aquí todos los días tres veces para arriba y cuatro para abajo. Mis hijas me lo han dicho.

ADOLFO. No he contado las veces, pero sí paso bastante por aquí.

DON JULIÁN. Pues ya ha podido usted entrar alguna de ellas, tunantón. Siéntese.

ADOLFO. Mil gracias.

Se sientan los dos.

DON JULIÁN. Yo me preguntaba: pero ese madrileñito, ¿es que no quiere nada con el cura párroco de Puebla de las Mujeres?

ADOLFO. Todo lo contrario: porque quiero, y mucho, y porque he de molestarlo a usted, y no poco, me daba cierto reparillo venir en seguida.

DON JULIÁN. A mí no me molesta usted, hijito.

ADOLFO. Es usted muy amable, señor. Y le advierto a usted que mi tía me ha estado diciendo todos los días, y por la mañana y por la tarde, que viniese.

DON JULIÁN. Me hago cargo de ello. Su tía de usted y yo somos amiguitos antiguos.

ADOLFO. Tiene en usted una gran confianza. ¿Quiere usted fumar?

DON JULIÁN. Fumaremos.

Adolfo le da un cigarrillo y ambos fuman. Santita al verlos les acerca un cenicero y una escupidera. Des-

pués, disimuladamente, como quien va a entornar la cancela, se llega por detrás de Adolfo a observarlo, y aun coge su sombrero y lo examina por fuera y por dentro.

ADOLFO. El pobre de mi tío político dejó bien enredados todos sus papeles.

DON JULIÁN. Sí, hijito, sí; me consta. Dios lo haya perdonado. Valía muy poquito; sin que mis palabras ofendan su memoria. Siempre fué un tarambanita y un majaderito.

ADOLFO. Mi tía, la infeliz, pasadas las primeras semanas de duelo, me escribió a Madrid, suplicándome por Dios y los santos que viniera a dejarle los negocios en orden. Y yo, usted imagine, ¿que había de hacer más que complacerla? La quiero bastante...

DON JULIÁN. Ya lo sé, hijito, ya lo sé.

ADOLFO. Y además, los papeles de mi tío no son cosa que se ponga fácilmente en claro ni que se deba entregar en manos de persona que no sea de toda confianza. Procuraré cumplir mi cometido lo mejor que sepa, y, sobre todo, dejar a mi tía tranquila y sin trampas ni pleitos probables.

DON JULIÁN. Bien, bien, hijito, bien. Tarea tiene usted para largo.

ADOLFO. Para mes y medio o dos meses calculo yo. A bien que ahora en Madrid, como llega el verano, la vida se paraliza y hace uno poca falta.

DON JULIÁN. Pues mira, hijito... y perdona que te apee el tratamiento; pero yo no sé decirle de usted a la gente joven...

ADOLFO. Y a mí me agrada que me trate usted con esa familiaridad.

DON JULIÁN. Lo que necesites y en mi mano esté, no tienes más que abrir la boca.

ADOLFO. Pediré, pediré bastante. No tendrá us-

ted queja. Y voy a empezar ahora mismo. Lo primero, y así le damos gusto a mi tía, van a ser cuatro letras de presentación.

Don Julián. ¿Para quién?

Adolfo. Para...—no me acuerdo del nombre—para el arrendatario de su hacienda de *La Colmena*.

Don Julián. Ah, sí; Pablo Lobo. Mala personita es el tal. Socarroncito, marrullerito, ladroncito...

Adolfo. Pues dice mi tía que a usted lo estima y lo considera más que a nadie, y que no debo encararme con él sin llevar esa carta.

Don Julián. ¿Cuándo vas a ir a verlo?

Adolfo. Mañana, a ser posible.

Don Julián. Pues entonces te escribiré la carta inmediatamente.

Adolfo. No; no se moleste usted todavía. Mire usted: yo he de llegarme luego a ver al registrador de la propiedad, que se acuesta temprano, y necesito consultarle una o dos cosas; pues, mientras tanto, usted es tan bueno que me escribe esas líneas, y al pasar yo hacia mi casa de retirada, las recojo.

Don Julián. Perfectamente, caballerito. Así lo haremos.

Adolfo. Y no dirá usted que no ha sido interesada mi primera visita a la casa del cura párroco.

Don Julián. ¡Je! ¿Y el pueblo? ¿Qué te parece el pueblo? Aburridito, ¿no?

Adolfo. No; yo, la verdad, aun no he tenido tiempo de aburrirme. Se asemeja bastante, en su apariencia pintoresca y tranquila, a otros pueblos andaluces que ya conozco. Acaso dé éste impresión de cosa más dormida, más abandonada, más en calma aún que algunos de ellos.

Don Julián. Sí, sí. Aquí, en movimiento constante, no hay más que las campanas de las dos igle-

sias, y las lenguas de las mujeres, que no paran de hablar.

ADOLFO. De lo de las campanas, doy fe: me despiertan todas las mañanas. De lo otro, no sé todavía.

DON JULIÁN. Pues ya te enterarás.

ADOLFO. Lo que, con permiso de usted, no se puede resistir, son las moscas. Yo creo que están aquí las de toda la provincia.

DON JULIÁN. Es cierto, es cierto. Hay más moscas que en ninguna parte. Y muy pegajositas y muy fastidiositas que son. Ahora no nos molestan porque a estas horas se reunen allá en el comedor, que si no, ¡aviados estábamos! Yo no puedo soltar la gorra.

ADOLFO. Mosquitos hay menos, ¿verdad?

DON JULIÁN. Espera a que entre julio para formar juicio definitivo.

ADOLFO. ¿Ah, sí?

DON JULIÁN. Y que la emprenden con los forasteros.

ADOLFO. ¿Ah, sí?

DON JULIÁN. Se explica. A nosotros ya nos conocen, y casi nos desprecian. ¡Claro! Somos platos vulgares, corrientes... Pero llega uno de otra parte, y parece como que se dicen ellos: «Hombre, a ese señor no lo hemos probado.» Y caen sobre él y se lo comen enteramente.

ADOLFO. Bueno es saberlo para buscarnos la defensa. *Se levanta.*

DON JULIÁN. ¿Te vas ya?

ADOLFO. Pero volveré por la carta. Voy, como le he dicho, a casa del registrador, que creo que se acuesta con las gallinas.

DON JULIÁN. Bien, bien. Pues hasta luego entonces. Y excuso hacerte el ofrecimiento de mi casa.

Tuya es. Luego te presentaré lo mejor que hay en ella: mis sobrinas, las hijas de mi hermana. No son feítas. Te prevengo que tenemos tertulia a todas horas: de día y de noche. Esta cancela siempre la encontrarás abierta. Vienen amiguitas de mis sobrinas, amigas de mi hermana, amigotes míos... Cecilio, el médico decano, persona de excelente humor, es punto fijo.

ADOLFO. Tengo el gusto de tratarlo desde que llegué. Entra y sale mucho en casa de mi tía.

DON JULIÁN. Y en ésta. Conque cuando te aburras demasiado de tus papelorios, déjate caer por acá con toda confianza, que acaso te diviertas.

ADOLFO. Sí, señor; vendré con muchísimo gusto.

DON JULIÁN. Por más que ya se corre por el pueblo que has encontrado distracción.

ADOLFO. ¿Cómo?

DON JULIÁN. Eso se corre: yo ni quito ni pongo.

ADOLFO. No sé a qué se refiere usted.

DON JULIÁN. Serán cosas de las mujeres. A mí me lo ha contado ésta.

SANTITA. ¿Qué?

DON JULIÁN. Le estoy diciendo lo que tú me dijiste que te han dicho que se dice de él.

SANTITA. Ah, ya. Sí. Que sea para bien. ¡Muy buen gusto! De lo mejorcito del pueblo.

ADOLFO. Con toda franqueza, don Julián, no sé de qué ni de quién me hablan ustedes.

DON JULIÁN. ¿De veras no? Lo que son los pueblos. Pues parece que se da ya por hecho, que una muchachita que vive aquí a la espalda—y que también suele venir por las noches—te ha sorbido el seso con sus ojos.

ADOLFO. ¿A mí? ¡Pero si yo apenas conozco a nadie! ¡Si todavía no he cruzado la palabra con ninguna muchacha!

SANTITA. ¿Qué? ¿Que se opone la tía? ¡Es muy tonta! ¡Eso es que lo finge!

DON JULIÁN. No, si no habla de la tía. ¡Si dice que ni siquiera conoce a la sobrina!

SANTITA. ¡Averigua tú la verdad!

DON JULIÁN. Ésta no lo cree.

ADOLFO. ¿Y qué quiere usted que yo le haga? Hasta luego, ¿no?

DON JULIÁN. Hasta luego.

ADOLFO. Adiós, señora.

SANTITA. Vaya usted con Dios, señorito.

Vase Adolfo.

DON JULIÁN. *A su hermana.* ¿Es simpatiquito, verdad?

SANTITA. Sí, sí; no es desgraciado, no. Ella vale más que él, por supuesto. *Coge el cenicero, y con un gesto de repugnancia hacia él, llama a Dieguilla.* ¡Dieguilla! ¡Dieguilla!

DON JULIÁN. ¿Qué quieres?

SANTITA. Que venga por esto, que no puedo resistir el tufo que echa. Dios me ha debido dar un poco de más oído y de menos olfato. ¡Uf!

Por el jardín, de la parte de la izquierda, sale Dieguilla secándose las manos en el delantal de faena.

DIEGUILLA. Mande usté, zeñorita.

SANTITA. Toma; limpia esta alhaja.

DIEGUILLA. Zí, zeñorita.

SANTITA. Y en seguida la traes.

DIEGUILLA. Güeno, zeñorita. Don Julián, una de las dos cozas: o ze ha fumao usté dos pitiyos zeguíos, o ha habío vizita de cabayero.

DON JULIÁN. Anda, anda.

Se marcha Dieguilla por donde salió, canturreando el fandanguillo de marras, segura de la impunidad.

SANTITA. Obediente sí que lo es esta muchacha.

Llega Concha Puerto de la calle, acompañada de

Guitarra, su criado. Un autor dramático dado a los símbolos, diría que Concha Puerto era la encarnación del espíritu del pueblo; nosotros, que no lo somos, por ahora, nos limitamos a decir que es una señora guapa, muy entrometida, que sabe la vida y milagros de todo el mundo.

CONCHA. Santas y buenas noches.

GUITARRA. Güenas noches.

DON JULIÁN. Felices, Concha.

CONCHA. Buenas noches, Santita.

SANTITA. Dios te guarde, mujer.

CONCHA. Guitarra, vete tú a la cocina; que ya te llamaré para que nos vayamos.

GUITARRA. Está mu bien, señora. *Se entra por la puerta del jardín, hacia la izquierda.*

CONCHA. Me he traído a Guitarra, porque a lo mejor me entretengo aquí demasiado, apagan los faroles de la calle, y llego a la mía y me la encuentro como boca de lobo. Expuesta a que me den un susto una noche. *Se sienta.* ¿Salía de aquí?

DON JULIÁN. ¿Cómo?

CONCHA. Si salía de aquí.

DON JULIÁN. ¿Quién?

CONCHA. A mí me pareció que salía de aquí.

DON JULIÁN. ¿Pero, quién?

CONCHA. ¿Quién ha de ser, padre? ¡El abogado; la novedad del pueblo; el sobrino de Esperanza Lucena!

DON JULIÁN. Ah, ya. Sí salía de aquí, sí. Vino a saludarme... a cumplir conmigo.

CONCHA. Sí, sí. Mal informado está de la hora. Ella viene más tarde.

DON JULIÁN. ¿Qué hablas, mujer?

CONCHA. Es simpático ese muchacho, ¿verdad?

DON JULIÁN. Sí que es muy simpático; y muy fino.

CONCHA. Y muy buen hijo, según dicen. Y con un gran porvenir por delante. Ya ve usted: a su edad, es abogado y otra cosa.

DON JULIÁN. ¿Y otra cosa?

CONCHA. Sí; no recuerdo qué. Pero Bobadilla me lo ha dicho: es abogado y otra cosa. En fin, que ha tenido suerte Juanita. Él vale más que ella. ¿Y las niñas? *Gritándole a la sorda.* ¿Y las niñas?

SANTITA. En el jardín están.

CONCHA. Voy a llamarlas. Tenemos que hablar del asunto. *Se levanta un instante y llama a las niñas desde la puerta del jardín.* ¡Niñas! ¡Niñas! ¡Ángeles! ¡Pilar! ¡Aquí estoy yo!...

DON JULIÁN. ¿Y tu marido?

CONCHA. Rabiando con la muela; por variar.

DON JULIÁN. ¡Vaya por Dios, mujer! Yo no sé cómo tiene paciencia. ¿Por qué no se la saca?

CONCHA. Porque ya sabe usted lo que es Bobadilla: piensa que un dentista es un verdugo. ¡Jesús! ¡Qué miedo les tiene! Y le aseguro a usted que está en un ay. ¿Es ésa la lista de este sorteo?

DON JULIÁN. Ésta es. ¿Quieres ver algún número?

Vuelve Dieguilla por donde antes, con el cenicero ya limpio. Lo deja sobre el velador, y se va sin decir palabra, pero mirándolos a todos.

CONCHA. Sí, señor. Mire usted si está el catorce mil quinientos veinticinco.

DON JULIÁN. *Obedeciéndola.* El catorce mil quinientos... No está.

CONCHA. Lo siento, porque lo lleva el curita Martínez. ¿Y el siete mil trescientos cuatro?

DON JULIÁN. ¿El siete mil trescientos cuatro? ¡Caramba! Ni un siete mil trescientos siquiera.

CONCHA. Me alegro, porque lo llevan en la botica.

DON JULIÁN. ¿Pero tú juegas en los dos?

CONCHA. No, señor; en ninguno. Sino que me

quedo con los números en la memoria para saber si salen.

DON JULIÁN. ¡Je!

Llegan por la puerta del jardín Ángela y Pilar, las hijas de Santita, florecillas de veinte y de quince abriles, respectivamente. Vienen de la parte de la derecha.

PILAR. Hola.

ÁNGELA. Hola.

CONCHA. Hola. ¿Saben ustedes la noticia?

PILAR. La sabemos.

ÁNGELA. La sabemos.

DON JULIÁN. ¿Cuál es la noticia?

CONCHA. ¿Cuál ha de ser? ¡Que el abogado está enamoradísimo de Juanita La Rosa!

DON JULIÁN. ¡Bah!

CONCHA. ¿Bah? ¡Y que Juanita La Rosa no pega los ojos desde que lo vió! Ha sido un flechazo.

DON JULIÁN. Por charlatanas van ustedes a ir al nfierno todas. Cabalmente acaba de marcharse de aquí el abogado, tú lo has visto al llegar...

ÁNGELA. ¿Pero ha estado aquí?

PILAR. ¿Ha estado aquí?

DON JULIÁN. Sí, hijitas, sí; ha estado aquí...

CONCHA. Ha venido a ofrecerle sus respetos a tu tío, ¿sabes?

DON JULIÁN. A eso ha venido el pobre muchachito.

CONCHA. ¡Y ca!

DON JULIÁN. Y yo le he hablado incidentalmente de lo que se corría por el pueblo, y él me ha confesado con la mayor ingenuidad que ni siquiera conoce a Juanita.

CONCHA. ¡Ja, ja, ja! Es usted para ponerlo en un altar de puro inocente.

PILAR. Sí, tío; te chupas el dedo.

ÁNGELA. ¡Que no la conoce, y se sabe en todo el pueblo que está loco por ella!

CONCHA. ¡Que no la conoce, y ha venido a buscarla aquí!

ÁNGELA. ¿A que vuelve?

DON JULIÁN. Sí va a volver, pero...

CONCHA. ¡Ah! pero... ¡Camuesa!

SANTITA. *Impaciente ya por meter cucharada.* ¿Qué hay? ¿Qué guirigay es ese?

CONCHA. *A voz en cuello.* ¡Que dice don Julián que el sobrino de Esperanza Lucena, el abogado, no conoce a Juanita La Rosa!

SANTITA. A otro perro con ese hueso.

CONCHA. ¿Usted lo ve?

PILAR. ¡Pero si está claro!

SANTITA. Para mí tengo que esta noche ha venido aquí nada más que al olor.

CONCHA. ¿Usted lo ve?

DON JULIÁN. ¿Qué veo? ¿qué veo? ¡Que todas son ustedes lo mismo!

ÁNGELA. Pero, tío, ¿todavía no lo crees?

DON JULIÁN. ¡Pero, sobrinita, si el propio interesado me ha dicho que no la conoce!

CONCHA. Pues yo le digo a usted, no tan sólo que la conoce, sino que se ha prendado de ella, y que le va a escribir.

DON JULIÁN. ¡Bah!

CONCHA. Razones, razones: si no está enamorado, ¿por qué ha pasado hoy tres veces por su calle?

DON JULIÁN. ¡Señor, porque es una calle del pueblo! ¿Va a andar por los tejados el hombre?

CONCHA. ¿Una calle del pueblo, verdad? ¿Y si no va a escribirle, por qué ha comprado esta mañana en el estanco un sello para el interior?

PILAR. ¿Ha comprado un sello para el interior?

ÁNGELA. ¡Digo!

DON JULIÁN. Pero ¿tú cómo sabes?...

CONCHA. ¿Que cómo lo sé? ¡Como lo sabe todo el mundo! ¡Si ha sido un acontecimiento en el estanco! ¡Usted figúrese, en un pueblo que se anda en cinco minutos, un hombre que pide un sello para el interior! ¡Vamos! ¡Verde y con asa!...

ÁNGELA. ¡Alcarraza, tío, alcarraza!

DON JULIÁN. Chito, que viene alguien.

CONCHA. *Casi adivinando por el olor a quien llega y dándole al anuncio de la persona un gran misterio e interés.* ¡Ah! ¡Pepe Lora!

PILAR. ¿Pepe Lora?

CONCHA. ¡Pepe Lora!

ÁNGELA. ¡Pepe Lora!

PILAR. *A su tío.* ¡Pepe Lora!

Efectivamente, es Pepe Lora el que traspone la cancela. Pepe Lora es un mocito receloso y oscuro, de hablar despacioso. Viste de americana y sombrero ancho.

PEPE. Buenas noches, don Julián y la compañía.

DON JULIÁN. Buenas noches, Pepillo.

Las dos señoras y las muchachas contestan a las buenas noches.

PEPE. ¿Por cazualidá tiene usté er *Diario*?

DON JULIÁN. ¿El *Diario*? Niñas, ¿y el *Diario*?

PILAR. ¿El *Diario*? Hace media hora estaba aquí.

ÁNGELA. Sí; pero creo que vinieron por él de casa de Piña.

CONCHA. No, pues de casa de Piña se lo han llevado ya. Yo he salido de allí ahora mismo...

PEPE. Mi madre está leyendo la novela y quería zeguirla.

ÁNGELA. ¿Sabes tú dónde debe de estar? En casa de Victoria.

PILAR. Sí: porque Victoria también lo pide.

CONCHA. Y si no está en casa de Victoria, lo tienen ahí enfrente. Y si no, está en mi casa.

DON JULIÁN. Ea, pues ya conoces la pista, hijito.

PEPE. Zí, zeñó. Me yegaré ahí enfrente primero.

DON JULIÁN. Y cuando tu madre lo lea, no dejes tú de devolvérmelo, ¿oyes?

PEPE. Pero ¿usté no lo ha leído ya?

DON JULIÁN. Yo sí; sino que luego le pongo una fajita y se lo mando a mi hermano Ramón, que como se ha metido en aquel poblacho...

PEPE. Ah, ya. Descuide usté que yo ze lo traeré. Hasta luego, y gracias. *Vase.*

DON JULIÁN. Anda con Dios.

CONCHA. Adiós.

Apenas desaparece Pepe Lora surge con fuerza la interpretación de la visita.

ÁNGELA. No es mal *Diario* el que venía buscando éste.

DON JULIÁN. ¿Eh?

CONCHA. El achaque ha sido el *Diario;* pero lo que quería averiguar es si estaba aquí ella.

DON JULIÁN. ¿Quién?

CONCHA. ¡Juanita!

PILAR. Naturalmente que ha venido a eso.

DON JULIÁN. Pero ¿éste qué tiene que ver ya con Juanita?

PILAR. ¿No ha de tener que ver, si ha sido novio suyo?

DON JULIÁN. ¿Y qué? ¿No acabaron?

ÁNGELA. Sí acabaron; pero usted sabe de más que a éste le sentó muy mal que ella lo dejara; y juró y perjuró que no iba a consentirle ningún novio.

PILAR. Y hasta ahora se va saliendo con ella. A Manolo Corrales bien que se lo espantó.

CONCHA. Voy a ver para dónde tira. *Se marcha muy aprisa por la cancela.*

DON JULIÁN. Pues, señor, vaya usted a saber si

estaré yo en Babia, y llevarán razón estas taravillitas. *Se va por el jardín hacia la derecha.*

Vuelve muy presurosa Concha Puerto.

CONCHA. Pepe Lora va calle arriba hablando solo.

ÁNGELA. ¿Eh?

CONCHA. ¿Y qué dirán ustedes que he visto?

PILAR. ¿Qué?

CONCHA. A Inocencio Parra, ahí enfrente, asomado al balcón, silbándole al loro una petenera y con unos pantalones blancos.

ÁNGELA. ¿Con unos pantalones blancos?

CONCHA. ¡Con unos pantalones blancos! ¡Y hace tres meses que se le murió su mujer!

ÁNGELA. ¡Ave María!

PILAR. ¡Qué descaro!

ÁNGELA. ¿Pero es posible eso? *Se asoma a verlo rápidamente y vuelve luego horrorizada.*

CONCHA. Ya verás si es posible. ¡Aquí ya no se guardan lutos! ¡Mira que hace falta desahogo!

ÁNGELA. ¡Qué barbaridad, qué barbaridad y qué barbaridad! Asómate, Pilar, que es digno de verse.

PILAR. *Yendo a ello.* ¡Vamos, que con unos pantalones blancos!

ÁNGELA. ¡Y ahí está su prima de usted, cuñada de ella nada más, y lleva todavía manto largo!

CONCHA. ¡Y en mi casa estuvo media puerta cerrada siete días!

PILAR. Se ve y no se cree. ¡Ese hombre no está bueno de la cabeza!

SANTITA. *Rabiosa de curiosidad.* Pero ¿qué ir y venir traen ustedes, niñas?

CONCHA. ¡Lo increíble, señora! ¡Inocencio Parra, asomado al balcón, divirtiéndose con el loro y con unos pantalones blancos!

SANTITA. ¡En el nombre del Padre! ¡Eso no puede ser! *Se levanta y va a verlo por sus propios ojos.*

ÁNGELA. Es un sinvergüencita, como dice el tío.

CONCHA. ¡Es un sinvergonzón! A Bobadilla estas cosas le indignan. ¡Él, que a su primera mujer le lleva todavía una gasa negra! Y yo se la respeto.

SANTITA. *Haciéndose cruces después de haber visto al vecino.* ¡Qué cinismo, señor, qué cinismo! ¡Luego quieren que llueva! ¡Tiene que castigarnos Dios! Por supuesto, que si el muerto llega a ser él, ella está ahora mismo en el balcón con una bata colorada.

CONCHA. Eso sí. Esa disculpa tiene el hombre.

SANTITA. Y ahí tenemos ya a Juanita La Rosa.

ÁNGELA. ¿A Juanita La Rosa?

PILAR. ¿Viene ahí?

CONCHA. ¿Con la tía?

SANTITA. Con la tía.

ÁNGELA. Pues oigan ustedes: vamos a hacer como que no sabemos nada del asunto.

PILAR. Eso es, sí; que la tía se pone muy antipática.

ÁNGELA. Y ella también se puede pensar que la envidiamos. Nada, nada; nosotras ni sabemos nada, ni decimos esta boca es mía.

CONCHA. ¡A mí me va a costar mucho trabajo; pero en fin!...

SANTITA. ¿Qué, qué se trama?

ÁNGELA. No darnos por entendidas de lo del abogado con doña Belén ni con Juanita.

SANTITA. Me parece muy bien. ¡Que saquen ellas la conversación si les da la gana!

Se sientan y esperan la llegada de la heroína, satisfechas de su resolución y adoptando un aire indiferente. Aparecen a poco doña Belén Zurita y su linda sobrina Juanita La Rosa. Ambas vienen de chal. Doña Belén es una señora circunspecta y suave, que adora en su casta. Pronuncia correctísimamente, casi casi sin abrir la boca, y cuando termina un párrafo de cierta

importancia sorbe aire por entre los dientes cerrados, como para subrayarlo y realzarlo más. Habla siempre con una sonrisa protectora.

Juanita tiene un hablar modoso y dulce, pero andaluz, naturalmente. Lo probable es que le guste al abogado cuando la vea, supuesto que ya no la haya visto.

DOÑA BELÉN. *En la misma cancela aún, bajo a su sobrina.* Nosotras, ni una palabra.

JUANITA. Ya.

DOÑA BELÉN. Muy buenas noches.

JUANITA. Buenas noches.

CONCHA. Buenas noches.

ÁNGELA. Hola, Juanita.

JUANITA. Hola, Pilar.

PILAR. Mira qué mona vienes, mujer.

DOÑA BELÉN. ¿Qué tal, Santita?

SANTITA. Bien; gracias.

DOÑA BELÉN. ¿Y Bobadilla, Concha?

CONCHA. Con su muela.

DOÑA BELÉN. ¡Dichosa muela!

CONCHA. ¿Y Pepe?

DOÑA BELÉN. ¿Quién?

CONCHA. Su marido.

DOÑA BELÉN. Ah, José. Bueno: en el campo.

Se sientan. Pausa. Se miran unas a otras sonriéndose.

CONCHA. ¿Esa es la falda que ibas a estrenar el día de la Virgen?

JUANITA. Sí, ésta. Pero se me ha ocurrido ponérmela hoy.

DOÑA BELÉN. ¿Qué más da un día que otro?

CONCHA. ¡Claro!

ÁNGELA. Es muy elegantita, ¿verdad?

PILAR. Muy mona es.

JUANITA. Sencillita. Yo misma me la he hecho.

DOÑA BELÉN. Ah, sí. Porque entiendo yo que la

más esmerada educación no está reñida con la aguja. *Sorbe aire.*

CONCHA. A nosotras no tiene usted que convencernos. Eso, donde convenga es donde se dice.

DOÑA BELÉN. No sé qué me quiere usted indicar.

CONCHA. Nada. Yo, nada.

Nuevo silencio.

JUANITA. *Apelando al tema inevitable en ciertos casos.* Hoy está el día más fresco, ¿verdad?

CONCHA. Así, así, no te figures. *Se abanica con impaciencia, muy sofocada.*

Santita sopla la maquinilla del tabaco, llamando la atención a todas, que sonríen nuevamente.

SANTITA. Esto se atasca a lo mejor.

DOÑA BELÉN. ¿Se atasca, eh?

Rompe a cantar otra vez Dieguilla allá dentro la misma copla que antes.

ÁNGELA. Oigan ustedes qué bien canta Dieguilla.

PILAR. Es un fandanguillo nuevo de su pueblo.

JUANITA. Sí que canta con mucho estilo.

Todas atienden. Santita se da cuenta de lo que ocurre en cuanto ve las caras, y se va como antes a mandar callar a la cantadora.

SANTITA. Aquélla se ha empeñado en que yo la plante en la calle.

ANGELA. Ya va mamá.

JUANITA. Pero ¿por qué se incomoda, mujer?

ÁNGELA. No le gusta que canten las criadas. Ayer despachó a Catalina por lo mismo.

DOÑA BELÉN. Hace bien: yo le alabo el gusto.

CONCHA. ¡Pero lo gracioso es que es la única que no las oye!

Se ríen todas, por fórmula; las cabezas no están en el asunto. Vuelve Santita y continúa con sus pitillos. Se hace de nuevo un silencio de tumba.

JUANITA. *Suspirando.* Ay ay ay ay...

ÁNGELA. ¿Suspiros?

JUANITA. No; sino que como no decíamos nada...

PILAR. Verdaderamente, hija, en los pueblos está todo hablado.

DOÑA BELÉN. Sí: casi no hay de qué hablar.

ÁNGELA. Casi.

Otra pausa, un poco más corta.

CONCHA. ¿Hoy es jueves?

JUANITA. Sí; jueves.

DOÑA BELÉN. Sí; hoy es jueves. Ayer fué miércoles...

CONCHA. Entonces hoy es jueves.

El silencio a estas alturas ya es algo trágico.

SANTITA. ¿De qué se habla?

CONCHA. ¡De nada!

Todas le hacen señas de lo mismo.

SANTITA. ¿De nada, todavía?

DOÑA BELÉN. Sí que estamos bien silenciosas.

CONCHA. Por fuera.

DOÑA BELÉN. ¿Cómo por fuera?

CONCHA. A saber lo que cada una pensará para sí.

JUANITA. Yo, nada malo.

Vuelven a callar. Angelita canturrea el fandanguillo de la criada.

CONCHA. *Estallando de pronto.* Bueno: hasta aquí llegó y de aquí no pasó. ¡Yo ya no puedo más! ¡Esto no va con mi carácter!

DOÑA BELÉN. ¿Qué dice?

JUANITA. ¿A qué se refiere?

CONCHA. ¡A qué se refiere! ¡a qué se refiere! ¿Quieres que te regalemos el oído, verdad? Estamos aquí seis mujeres rabiando por hablar de lo mismo, y las seis diciendo tonterías. ¡No puedo más! ¿Te ha escrito?

Risas generales.

SANTITA. ¿Se saltó ya el tapón?

DOÑA BELÉN. Sabía yo que habían de embromarte; por eso quise que nos quedáramos en casa esta noche.

CONCHA. Vamos a hablar sin cáscara.

ÁNGELA. ¿Te ha escrito?

JUANITA. ¿Qué me ha de escribir? ¡Por Dios santo!

PILAR. ¿No te ha escrito?

JUANITA. No.

CONCHA. ¿Pues qué ha hecho con el sello?

JUANITA. Yo no puedo aceptar que se hable de este asunto como de cosa cierta: seriamente lo digo. Y no comprendo de dónde habrá salido este tole tole. Entre ese muchacho y yo no ha habido ni siquiera un saludo; ni mirarnos cara a cara una vez.

PILAR. ¡Vamos!

JUANITA. Es el evangelio de la misa. Ni sé que me haya visto más que un día, que creo que fué al día siguiente de llegar él.

CONCHA. Él llegó el diez y ocho.

JUANITA. Bueno, pues sería el diez y nueve. Iba como para el Casino, con el registrador; yo volvía de casa de las de Robles, y al pasar junto a él se me quedó mirando y me parece que le oí decir: «Hombre, qué bonita muchacha». Ya ven ustedes lo bien que me vería. Esto es todo. Ni más ni menos, ni menos ni más. Ni lo he vuelto a ver, ni ha vuelto a verme, ni sé que se haya ocupado para nada de mi insignificancia.

CONCHA. ¡Y ca! ¡Aquí no comulgamos con ruedas de molino, hija!

PILAR. ¡Pues ya se ve que no!

ÁNGELA. No nos hagas más tontas de lo que somos.

CONCHA. ¡Como que se iba a armar en el pueblo la que se ha armado, si no hubiera más que eso!

DOÑA BELÉN. Pues yo le aseguro a usted, Concha,

bajo palabra de caballero, digo de señora, que Juanita ha referido los hechos puntualmente; y que si es cierto, como se propala, que ese joven ha pasado por delante de mi casa por ver a ésta, allá él con su intención; porque yo le respondo a usted de que ésta, por su parte, no se ha asomado a la ventana para verlo pasar, ni ha hecho nada absolutamente que contribuya a dar pábulo a la especie de que se trata. La madre de Juanita, como usted sabe bien, era toda una señora; su padre, todo un caballero; y sus tíos, al recogerla y educarla, hemos puesto especial empeño en que ella sea toda una señorita. *Sorbe.*

CONCHA. Está muy bien: lo que no creo que sea inconveniente para que le haya salido todo un novio.

Nuevas risas.

DOÑA BELÉN. ¡Esta Concha siempre con sus salidas! Juanita.

JUANITA. Tía.

DOÑA BELÉN. Diles la copla que has compuesto tú con este motivo.

JUANITA. ¡Por Dios, tía!

ÁNGELA. Anda, sí, mujer, que a mí me gustan mucho tus coplas.

PILAR. ¿Cómo es, cómo es?

CONCHA. Dila.

JUANITA. Vaya que sea; pero ya saben ustedes que no me hace gracia decir mis coplas. En una muchacha estas cosas se critican mucho. Y en buen pueblo estamos.

ÁNGELA. Pero, mujer, aquí somos de confianza.

JUANITA. Pues por eso la digo. Después de todo es una tontería la copla.

Ni él me quiere, ni lo quiero,
ni tengo nada con él;

pero si el pueblo se empeña,
¡tijeretas han de ser!

Grandes risas y algunos aplausos.

DOÑA BELÉN. Está bien, ¿verdad?

JUANITA. Una pamplina.

ÁNGELA. No, hija, que es muy graciosa.

PILAR. Es muy bonita, sí.

CONCHA. Sobre todo tiene oportunidad.

SANTITA. ¿Qué ha sido? ¿qué ha sido?

ÁNGELA. ¡Una copla preciosa!

SANTITA. *Creyendo que se trata otra vez de Dieguilla, y levantándose decidida a despedirla en el acto.* ¡Vaya! ¡Ha creído que se va a reír de mí! ¡Ahora mismo le doy la cuenta como a la otra tarasca! ¡Aunque tenga yo que fregar! *Va hacia la cocina.*

ÁNGELA. ¿Adónde vas, mamá?

SANTITA. ¡A despachar a aquella descarada!

ÁNGELA. ¡Si no canta Dieguilla! ¡Si es que Juanita ha sacado una copla!

SANTITA. ¡Ah! ¡Ya me llamaba la atención tanta frescura!

Nuevas risas. Don Julián viene del jardín.

DON JULIÁN. Hola, hola, tenemos animado el casinillo.

DOÑA BELÉN. Muy buenas noches, don Julián.

DON JULIÁN. Dios te guarde, hijita. *A Juanita.* Y a ti, pimpollito del pueblo.

JUANITA. Gracias, padre.

DON JULIÁN. Pero, ¿cómo no se van ustedes un rato al jardín o se salen a la puerta de la calle? La noche está hermosísima.

ÁNGELA. Tiene razón el tío: vámonos a la puerta de la calle.

JUANITA. Vámonos, sí, vámonos.

DOÑA BELÉN. Como quieran ustedes.

CONCHA. Allá iré yo. Primero voy a la cocina a decirle a Guitarra que se llegue en un salto a ver cómo está Bobadilla de la muela. No sea cosa que me tenga yo que llegar a mudarle la hila. *Se marcha por el jardín hacia la izquierda.*

SANTITA. ¿Adónde va ahora Concha Puerto?

ÁNGELA. A interesarse por la muela de Bobadilla.

SANTITA. ¡Aviado está Bobadilla entre la muela y Concha Puerto!

Inopinadamente, desconcertando a todos con su presencia, vuelve Pepe Lora a devolver el «Diario». Juanita, al verlo, se pone bruscamente seria.

PEPE. Buenas noches.

DOÑA BELÉN. Buenas noches.

PEPE. Don Julián, tenga usté er *Diario.*

DON JULIÁN. Muchas gracias, hijito. Pero, ¿ha leído ya tu madre la novela?

PEPE. Zí, zeñó. Y yo he visto también lo que tenía que vé. Buenas noches.

DON JULIÁN. Adiós.

DOÑA BELÉN. Buenas noches.

Se va Pepe Lora, mirando intencionadamente a Juanita, que esquiva la mirada.

ÁNGELA. Ya está el toro en la plaza.

DON JULIÁN. ¡Qué borriquito es el pobre, qué borriquito!

JUANITA. Pues mire usted, si se ha llegado a creer ese borriquito, como usted le llama, o ese borricazo, como le llamo yo, que porque tuvimos unas tonterías de chiquillos ya no me va a gustar a mí ningún hombre, se equivoca en más de la mitad.

PILAR. ¡Claro!

ÁNGELA. ¡Tendría que ver!

DOÑA BELÉN. ¡Vaya si se equivoca! Tomará cartas en el asunto mi marido.

SANTITA. No llegará la sangre al río: no apurarse.

ÁNGELA. Dice bien mamá. Vámonos a la puerta.

JUANITA. Sí, vámonos; que nos dé el fresco de la noche.

Se marcha a la calle con Ángela. Una y otra se llevan las sillas en que estaban sentadas.

PILAR. *Siguiéndolas.* Yo no saco silla: me siento en el poyete.

Santita, durante este diálogo, ha recogido los útiles de su labor y los ha guardado en el chinero. Después se va con las muchachas a la calle llevándose su silla también.

SANTITA. ¿Y usted, Belén, no sale?

DOÑA BELÉN. Ahora. En seguidita voy. *Así que desaparece Santita.* Don Julián, un momento.

DON JULIÁN. ¿Qué se te ofrece, hijita?

DOÑA BELÉN. Ya se puede usted imaginar qué efecto me habrá hecho esta entrada de Pepe Lora.

DON JULIÁN. Sí; el mismo que a todos, hijita.

DOÑA BELÉN. Parece como que ha querido darnos a entender que sigue empeñado en impedir por la violencia que mi sobrina tenga otro novio. Yo le estimaría a usted que llamase a capítulo a ese mal aconsejado muchacho...

DON JULIÁN. Y lo haré, lo haré. Sólo que todavía lo encuentro prematuro.

DOÑA BELÉN. ¿Prematuro? ¡Ay, padre! ¡Usted no ha tenido veinte años!

DON JULIÁN. ¿Cómo que no?

DOÑA BELÉN. Para el amor, digo.

DON JULIÁN. Ah, desde luego; pero ahora que tengo más de sesenta, te repito que se me antoja pronto para advertirle nada a Pepe Lora. Mientras no se vea claro si el abogado piensa o no piensa en tu sobrina... Y precisamente él ha estado aquí hace media hora y me ha declarado que ni siquiera de vista la conoce.

DOÑA BELÉN. Ah, no; pues eso no es rigurosamente exacto: conocerla, sí la conoce.

DON JULIÁN. Chito, que viene aquí.

DOÑA BELÉN. ¡Qué casualidad más oportuna!

Por la derecha del jardín llegan Adolfo y don Cecilio. Don Cecilio, decano de los médicos de Puebla de las Mujeres, es persona discreta y de buen ingenio.

DON JULIÁN. Hombre, hombre; casa con dos puertas, mala de guardar.

DON CECILIO. Nos hemos entrado por el postigo para robarte las naranjas. Felices noches, doña Belén.

DOÑA BELÉN. Felices, doctor.

ADOLFO. Don Julián, ya me tiene usted aquí de vuelta. Señora...

DON JULIÁN. *Presentándole a doña Belén.* Doña Belén Zurita.

DOÑA BELÉN. Con perdón, se le olvida a usted algo, padre.

DON JULIÁN. Señora de Gómez Valdivieso.

ADOLFO. Tanto gusto.

DON JULIÁN. Don Adolfo Adalid.

DOÑA BELÉN. Muy señor mío. Yo soy una excelente amiga de su tía de usted. Me congratulo de su estancia en Puebla de las Mujeres. Huéspedes tan distinguidos como usted vienen a honrarnos con su presencia.

ADOLFO. Señora, por Dios... Es a mí a quien honra ser acogido de esta manera.

DOÑA BELÉN. Beso a usted la mano.

ADOLFO. A los pies de usted.

DOÑA BELÉN. Hasta luego, Martínez.

DON CECILIO. Adiós, señora.

Se marcha doña Belén a la calle, envolviendo al grupo en una sonrisa afectuosa.

DON JULIÁN. *A Adolfo, que la mira curiosamente.* Ésta es la tía.

ADOLFO. ¿Qué tía?

DON JULIÁN. La tía de...

ADOLFO. ¿De quién?

DON JULIÁN. Y en la puerta de la calle está ella.

ADOLFO. ¿Quién?

DON JULIÁN. ¡Ella! Mira qué ocasión...

ADOLFO. ¡Ah, vamos! ¡No había caído!

DON CECILIO. Hombre, es verdad; que me han dicho mis hijas que anda usted buscándole tres pies al gato.

ADOLFO. No, señor, no; es un runrún que carece de fundamento.

DON CECILIO. Como me lo contaron te lo cuento, amiguito.

ADOLFO. Por cierto, don Julián, que le dije a usted antes que nunca había visto a la muchacha, y estaba equivocado.

DON JULIÁN. ¿Sí, eh?

ADOLFO. Sí, señor; en casa del registrador, donde me han hablado de lo mismo, la señora me ha hecho recordar quién es la señorita esa. La vi pasar un día por la calle yendo yo con unos señores. Me pareció bonita, sí.

DON JULIÁN. Ah, bonita lo es. Y muy sentadita y muy lista.—Voy a darte la cartita esa.

ADOLFO. Molestia más en tonto... Pero, en fin, lo quiere mi tía...

DON JULIÁN. Calla, hombre, calla. *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

DON CECILIO. Bueno, Adolfo; ahora que estamos solos, y a propósito de lo que se hablaba: no se case usted.

ADOLFO. ¿Cómo?

DON CECILIO. No se case usted, hombre; no se case usted.

ADOLFO. Pero ¿quién ha pensado en tal cosa?

Don Cecilio. Es el consejo de un amigo que conoce el matrimonio... y el pueblo este. No se case usted.

Adolfo. Esté usted tranquilo, que no me caso. He venido aquí a cosa muy distinta.

Don Cecilio. Pues ande usted con ojo.

Adolfo. ¡Hombre!

Sale Guitarra de la parte de la izquierda del jardín y se va por la cancela, diciendo lo que sigue:

Guitarra. Con lo a gusto que estábamos ayí cantando bajito, que me yegue ahora a vé si a su marío le duele la muela. ¡Vamos! Güenas noches.

Don Cecilio. Buenas noches.

Adolfo. Buenas noches. ¿Éste quién es?

Don Celilio. Éste es el criado de Concha Puerto. ¿Usted conoce a Concha Puerto?

Adolfo. Sí, señor; me la han presentado ya en dos o tres casas. Una señora muy oficiosa y un poco taravilla.

Don Cecilio. Tate. Y algo peor.

Adolfo. ¿Peor?

Don Cecilio. Sí; porque como quiera Concha Puerto, se casa usted aquí.

Adolfo. ¡Je! Tiene gracia.

Don Celilio. No; no tiene gracia, porque me pasó a mí precisamente con su madre, que era igual a ella. De manera que no tiene gracia.

Adolfo. ¡Pues a mí me la hace!

Don Cecilio. Se empeñó en casarme, y me casó.

Adolfo. ¡Pero qué obsesión tiene usted con el casamiento!

Don Cecilio. Amigo, es que respiro por la herida. Y esa es una de las pocas cosas, con ser ella tan grave, que he hecho yo en mi vida, no diré que contra mi voluntad, pero sí empujado por todo el pueblo. Este es un pueblo en que mandan y reinan las

mujeres. Aquí no se hace más que lo que a ellas les da la gana.

ADOLFO. Será porque no hay hombres.

DON CECILIO. En parte es por eso; pero en parte es también porque no hay forma de oponerse a lo que ellas traman o idean. Hombres hay pocos, y los que hay se pierden, esa es la verdad. A los veinte años los tiene usted embrutecidos, agotados por la juerga y por la vagancia. Y es claro, las mujeres dominan; tienen más inteligencia y más corazón, y unas ganas de hablar insaciables a todas horas... y no hay quien las venza.

ADOLFO. Yo me figuro que serán por el estilo de las de todas partes.

DON CECILIO. Acaso; pero lo que puedo decirle a usted es que no ha habido un momento crítico en la historia de Puebla de las Mujeres, en que ellas no hayan sido las heroínas. Por eso lleva el pueblo el nombre que lleva. De manera que ándese usted con ojo, como le he prevenido antes.

ADOLFO. Eso es lo que a mí me da risa: la alarma que trata usted de infundirme, porque he visto en la calle a una muchacha y han dado en decir que me he fijado en ella.

DON CECILIO. Así empecé yo.

ADOLFO. ¿Qué?

DON CECILIO. Que así empecé yo. A los tres días de estar aquí de médico, hace ya treinta y cinco años, principió el tole tole. «Vamos, doctor, que no ha hecho usted más que llegar y pegar.» «Buen gusto ha tenido usted, doctor.» «¿Yo?» «Usted, usted; no nos venga con disimulos. Ya sabemos que está usted que hace números por Fulanita...» «¡Pero si ni siquiera la conozco!» «¿Pues no dice que no la conoce?» «¡Que no la conozco!» «¡Y dale con que no la conoce!» ¡Hasta que me entraron ganas de conocerla!

ADOLFO. No lo dudo.

DON CECILIO. Que es lo mismo que va a pasarle a usted.

ADOLFO. Tampoco lo dudo. Declaro que ya tengo cierta curiosidad...

DON CECILIO. ¡Oh!

ADOLFO. Cierto interés en saludar siquiera a esa señorita.

DON CECILIO. ¡Oh! Es usted hombre al agua. Lo pondrán a usted en relaciones; organizarán una buñolada para estrechar lazos; le ofrecerán la reja de Concha Puerto para pelar la pava, y le fijarán a usted la fecha de la boda. Son los trámites.

ADOLFO. *Soltando la risa.* ¡Ja, ja, ja!

DON CECILIO. Ríase, ríase cuanto quiera. Como ellas la tomen con usted, se verá usted empujado en todos los instantes por una fuerza irresistible, y allá irá usted adonde a ellas se les antoje. ¡No le dé usted vueltas!

ADOLFO. Pero, señor doctor...

DON CECILIO. Pero, señor abogado: fíjese usted en mí. ¿Tengo yo planta torera, por casualidad?

ADOLFO. ¿Usted?

DON CECILIO. ¡Pues yo he toreado en este pueblo! ¡Se les puso en el moño a las señoras que torearа, y toreé! Que si el manto de la Virgen, que si la caridad, que si los pobres, que si la sequía... ¡Que concertaron una becerrada y que toreé!

ADOLFO. No, pues a eso sí que no pienso llegar yo.

DON CECILIO. ¡Porque no quieran ellas! ¿O es que cree usted que yo pensaba torear? ¡En mi vida he pasado más miedo! ¡Usted no tiene idea de lo que crece un becerro a cada paso que da hacia usted!

ADOLFO. ¿Le parece a usted que por si acaso me ensaye con el perro de Terranova de mi tía?

DON CECILIO. ¡Tómelo usted a broma!

Sale por la cancela Santita, seguida por una muchacha.

SANTITA. Sí; aquí tienes al médico. *A Adolfo.* ¿Hola? ¿Hemos entrado por el postigo?

ADOLFO. Sí, señora.

SANTITA. *Bajando la voz.* Pues se ha perdido usted ver lo que hay a la puerta.

ADOLFO. Je.

SANTITA. Doctor, esta muchacha pregunta por usted. *Se va por el jardín.*

DON CECILIO. ¿Qué pasa, niña?

MUCHACHA. Pos mi hermana, que ze ha puesto mala.

DON CECILIO. ¡Válgate Dios! ¿Y quién es tu hermana?

MUCHACHA. Pos la hija de Jozé.

DON CECILIO. ¿Y quién es José?

MUCHACHA. Pos Jozé es mi padre.

DON CECILIO. *A Adolfo, que sonríe al oírlo.* Usted se habrá enterado ya de quién es la hermana. ¿Y tu padre quién es, que no caigo ahora?

MUCHACHA. ¡Ay qué gracia! Dice que no cae. ¿Quién va a zé mi padre, zeñó? Er de las piedras de afilá.

DON CECILIO. No podía ser otro, efectivamente. Y, bueno, ¿qué le ha dado a tu hermana?

MUCHACHA. Pos le ha dao un inzurto. Ha peleao con er novio de mala manera, y ze ha inzurtao.

DON CECILIO. Probablemente, después de haberse insultado los dos el uno al otro.

MUCHACHA. No, zeñó; que mi hermana ha estao mu prudente. Pero é iba borracho. A la cuenta se ha tomao cuatro copas de más pa dejarla. Y a mi hermana le ha dao un inzurto. Y me dijo mi madre: «Poz anda ve en ca de don Cecilio, a vé zi pué vení.»

Y en ca de usté me dijeron que debía usté de está en ca de doña Madalena. Y en ca de doña Madalena me dijeron que quizás estaría usté en ca der cura. Y por ezo he venío.

DON CECILIO. Pues en seguida voy allá. Eso que tiene tu hermana no es nada. ¿Dónde viven ustedes?

MUCHACHA. Pos pazá la rinconá del aguaducho, er cayejón aqué.

DON CECILIO. Allí hay dos callejones.

MUCHACHA. Pos er der marmoliyo, conforme ze entra.

DON CECILIO. ¿Qué número?

MUCHACHA. La caza der faró.

DON CECILIO. Pero ¿qué número?

MUCHACHA. A la vera der derribo.

DON CECILIO. Mira, niña, lo mejor es que nos vayamos juntos, porque si no, no le curo el insulto a tu hermana. —Adiós, Adolfo. Hasta mañana en el Casino, ¿eh?

ADOLFO. Sí, señor, sí; hasta mañana.

DON CECILIO. Vamos, tú.

MUCHACHA. Que usté lo paze bien.

ADOLFO. Adiós. Que se alivie la enferma.

MUCHACHA. Muchízimas gracias, zeñorito.

Don Cecilio se marcha por la cancela, y ella lo sigue.

ADOLFO. Es gracioso este hombre. ¡Y qué monomanía más original la del matrimonio! ¡Ja, ja, ja! ¡Y qué pavor a Concha Puerto!

Sale ésta de la parte de la izquierda del jardín en dirección a la cancela, cuando con gran sorpresa ve a Adolfo y se detiene a saludarlo regocijadísima.

CONCHA. ¿Cómo? Buenas noches. No había reparado. ¿Usted aquí? ¿Cómo sigue usted?

ADOLFO. *Algo desconcertado.* Bien... ¿y usted, señora?

CONCHA. Yo bien; muchas gracias. Pero ¿qué hace usted aquí solo?

ADOLFO. Acaba de dejarme don Cecilio.

CONCHA. ¿Sabe don Julián que está usted aquí?

ADOLFO. Sí, señora.

CONCHA. ¿Y Santita, lo sabe?

ADOLFO. También, también.

CONCHA. ¿Y... las demás personas que están a la puerta?

ADOLFO. Ésas... no sé... no las he visto... No he entrado ahora por la puerta.

CONCHA. ¡Ah! ¿Quiere usted que yo lo presente?

ADOLFO. Gracias.

CONCHA. ¿Gracias sí, o gracias no?

ADOLFO. Sencillamente gracias, señora mía.

CONCHA. Bueno, hablando de otra cosa: usted dirá que Bobadilla es un grosero.

ADOLFO. ¿Bobadilla?

CONCHA. Sí, señor; mi marido.

ADOLFO. Señora, Dios me libre.

CONCHA. Es que ya ha debido ir a verlo a usted. Pero el pobrecito lleva unos días que no está para nada.

ADOLFO. Pues ¿qué tiene?

CONCHA. Lo de siempre: la muela.

ADOLFO. ¿Qué muela?

CONCHA. Ay, es verdad, que le estoy hablando a usted como si fuera uno del pueblo. Y es que, cuando las personas son simpáticas, en seguida se figura una que las ha tratado toda la vida.

ADOLFO. Es usted muy amable.

CONCHA. Pues mi marido tiene una muela que le está doliendo hace tres meses. Y usted dirá, como todo el mundo: ¿por qué no se la saca? Y ahí está el conque. Mire usted: lo he llevado a Huelva, lo he llevado a Sevilla, lo he llevado a Cádiz, y de todas par-

tes hemos vuelto lo mismo. Apenas ve al dentista le entra un pánico, ¿lo oye usted? un sudor frío y una tiritina que parece que se va a morir. Y es menester dejarlo. Y así lleva tres meses, ya digo: con el grito en el cielo y sin decidirse de una vez. Y no es que sea cobarde, no. Es un hombre de pelo en pecho: se ha embarcado, se ha batido, ha estado en la guerra, se ha casado dos veces... Pero ve al dentista con la llave en la mano, y le pide de rodillas por Dios que no se le arrime.

ADOLFO. ¡Cosa más extraña en un hombre de sus condiciones y de su temple!...

Vuelve por la cancela Guitarra.

GUITARRA. Señorita.

CONCHA. ¿Qué? ¿Ya fuiste? ¿Cómo está el señorito?

GUITARRA. ¿Er señorito? ¡Botando por los correores!

CONCHA. ¡Pobrecito mío!

GUITARRA. Yo, como está esta noche, no lo he visto nunca. En fin, me ha dicho que o va usté a mudarle ar momento la hila o se pega un tiro en la cabesa.

CONCHA. ¡Pobrecito mío! ¿Le parece a usted? Vámonos ahora mismo, Guitarra. Ya sabe usted el motivo de que todavía se encuentre en falta con usted.

ADOLFO. Señora, lo que yo deseo es que se alivie. Ruéguele usted en mi nombre que no le preocupe ni un segundo el cumplir conmigo.

CONCHA. Gracias por su bondad.

ADOLFO. ¡No faltaría otra cosa!

CONCHA. Hasta otro ratito.

ADOLFO. Adiós, señora mía.

Concha va para la cancela, donde Guitarra la está esperando. De pronto se dirige nuevamente a Adólfo.

CONCHA. Escuche usted: que si usted quiere de verdad que yo lo presente a esa muchacha, es cuestión de un minuto. Coyuntura como ésta...

ADOLFO. ¿A quién?

CONCHA. A esa señorita por la que usted parece interesado: a Juanita La Rosa.

ADOLFO. ¡Si eso es una invención de la gente!

CONCHA. Mire usted, Adalid, en los pueblos no se puede tener nada oculto: se sabe hasta cuando se compra un sello. De modo que aquí todas estamos enteradas de lo que hay.

ADOLFO. Yo le aseguro a usted que no hay nada absolutamente.

CONCHA. ¡Y ca!

ADOLFO. Por lo mismo, el aceptar una presentación así pudiera parecer...

CONCHA. Ah, vamos, usted prefiere que vengan las cosas rodadas.

ADOLFO. Señora, yo no sé cómo decirle a usted que está edificando en el aire. Crea usted lo que guste.

GUITARRA. Señorita.

CONCHA. ¿Qué?

GUITARRA. Usté dispense que se lo diga; pero se está usté distrayendo y er señorito no se queó pa una espera larga. ¡Se le sartaba el ojo!

CONCHA. ¡Pobrecito mío! Ya nos vamos. ¿Usted ve? Me tiene mártir este dolor de Bobadilla. Pero no me quiero marchar sin decirle a usted una cosa. Concha Puerto es una amiga de usted. Una amiga de corazón; sin cáscara. Lo que se llama una amiga para todo.

ADOLFO. Agradecidísimo.

CONCHA. Cuando usted quiera, para hacer las cosas con disimulo, se organiza un baile en el Casino, se organiza una buñolada...

ADOLFO. ¡No!

CONCHA. ¿Por qué no? Si eso está en las costumbres del pueblo.

ADOLFO. De todas maneras.

CONCHA. Lo dicho, dicho. Usted lo pensará. Vámonos, Guitarra.

GUITARRA. Vámonos, señorita.

CONCHA. ¡Ah! Un momento.

GUITARRA. (Güeno: cuando yeguemos, el ojo der señorito está en la lámpara der comedó.)

CONCHA. *A Adolfo, misteriosamente.* Las de Piña le van a ofrecer a usted su reja.

ADOLFO. ¡Señora!

CONCHA. Yo sé lo que me digo. No la acepte usted. La reja de las de Piña tiene un farol enfrente, y pelar la pava con un farol enfrente... imagínese usted si tiene poca gracia.

ADOLFO. ¡Pero, señora!

CONCHA. Cuente usted con la mía, que es bastante más misteriosa, y que hasta ahora no ha tenido mal ángel.

ADOLFO. ¡Bueno!

CONCHA. Está pegadita al jardín. Llega hasta ella el olor de las magnolias y de los jazmines... Se oye el surtidor de la fuente... ¡De allí al cielo! Hasta mañana.

ADOLFO. Vaya usted con Dios, señora, vaya usted con Dios.

CONCHA. Anda, Guitarra. *A Adolfo, desde la cancela.* Más que amiga, aliada. No lo olvide usted. Hasta mañana.

Se va. Guitarra la sigue.

ADOLFO. ¡Señor, qué torbellino! ¡Cuánta impertinencia! ¡Y qué manera de fantasear! Menos mal que he burlado una presentación que hubiera sido embarazosa en este momento.

Vuelve Concha Puerto, rápidamente, seguida de Juanita, Ángela y Pilar. Guitarra también vuelve.

CONCHA. Es una sosada que esté aquí un pollo solo y haya tres muchachas como tres rosas a la puerta.

Presentándolas. Las señoritas Ángela y Pilar, hijas de Santita y sobrinas de don Julián.

ADOLFO. Tengo mucho gusto...

ÁNGELA. El gusto es nuestro.

PILAR. Siéntese usted.

CONCHA. La señorita Juanita La Rosa. ¿He dicho algo?

ADOLFO. Señorita...

Juanita le sonríe ruborosa.

CONCHA. Ustedes todas ya saben quién es él.

GUITARRA. *Viendo el rumbo que toman los acontecimientos.* ¡Vaya! ¡Ca uno a lo suyo! *Echa a andar para la cocina.*

CONCHA. ¿Adónde vas, Guitarra?

GUITARRA. A la cosina me iba a dí.

CONCHA. ¡Pero qué alma tienes! ¿No sabes que está el señorito rabiando como un perro?

GUITARRA. Yo, sí, señora; la que paese que no lo sabe es usté.

CONCHA. ¡Calla, descaradote! Oye tú, Pilar. Tu madre está en el jardín y te está llamando.

PILAR. ¿A mí? Con permiso. *Se va corriendo hacia el jardín.*

ADOLFO. Usted lo tiene.

CONCHA. Acompáñame a la puerta, Ángela.

ÁNGELA. ¿Yo? Con permiso.

ADOLFO. Usted también lo tiene.

CONCHA. Guitarra, vamos.

GUITARRA. Vamos ya.

Vase Concha Puerto cuchicheando con Ángela y seguida de su criado.

JUANITA. *Turbadísima.* Esta Concha...

Sale don Julián por la puerta de la izquierda, con la cartita ofrecida a Adolfo. Al ver la interesante pareja, se santigua y se retira prudentemente por el jardín, temiendo ser inoportuno.

Juanita y Adolfo, ligeramente desconcertados, no advierten el paso del cura, y se miran y se sonríen. Una y otro buscan, sin hallarla, una frase con que empezar la conversación. Al fin la halla Juanita, quien le pregunta al abogado con acento candoroso y sencillo:

JUANITA. ¿Y cuándo ha llegado usted al pueblo: en el tren de esta tarde?

Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero. Han pasado diez días. Son las tres de la tarde. Las vidrieras que dan al jardín están de par en par. Vela la luz, corrida a lo largo de ellas, una cortina de lienzo claro, abierta por medio. Sobre una de las sillas un mosquero.

Ángela borda sentada en una silla baja. Santita duerme profundamente en una mecedora.

ÁNGELA. ¡Ángela María, qué calor! ¡Y qué dichosas moscas! Parece esto una confitería.

Maquinalmente se entona por lo bajito para cantar, y al cabo canta a media voz, distraída, el fandanguillo de Dieguilla, que ha echado raíces en la casa.

Estoy como la que tiene
una venita de loca:
quiero olvidarte, y te busco
en cuanto me dejan sola.

Dentro, allá en sus dominios, estimulada por el ejemplo, canta Dieguilla.

DIEGUILLA. Ni er clavé más primorozo
ni la roza más galana
tienen tayo más garbozo
que tu carita zerrana.

ÁNGELA. *Apenas principia la copla.* Ya saltó aquélla.

Pilar, por no ser menos, canta también dentro, hacia la izquierda.

PILAR. La casita donde vivo
tiene blanquitas paredes,
agüita clara en el pozo
y en las ventanas claveles.

ÁNGELA. ¡Digo, la del catarro! Y es que se ha puesto de moda el fandanguillo. ¡Cómo nos aprovechamos de que mamá no ve! Está en siete sueños.

Como si se hubieran puesto de acuerdo las tres, vuelve cada una a cantar su copla, pero esta vez a un mismo tiempo. En plena algarabía llega don Julián de la calle sin manteo, de sotana y bonete.

DON JULIÁN. ¿Qué alboroto es este en mi casa?

ÁNGELA. ¡Tío! *Se echa a reír y no acaba su copla.*

DON JULIÁN. *Reparando en su hermana dormida.* Ya me lo explico todo.

ÁNGELA. ¿Vienes de ahí enfrente?

DON JULIÁN. Sí; de charlar un ratito. Los he dejado, porque ¡tenían todos una cara de siesta!... *Dándole el bonete.* Toma; tráeme la gorra de mi cuarto.

ÁNGELA. Al instante.

DON JULIÁN. ¿Y Pilar?

ÁNGELA. Ya la has oído: bien clara que tiene la voz.

DON JULIÁN. ¿Vino Cecilio a verla?

ÁNGELA. Sí.

DON JULIÁN. ¿Y qué ha dicho?

ÁNGELA. Que no es nada: un catarrillo de verano.

DON JULIÁN. ¿Pero que no salga de la habitación?

ÁNGELA. Sí; que no salga.

DON JULIÁN. Anda, tráeme la gorra, no me constipe yo también, que estoy sudando.

ÁNGELA. En seguidita, tío. *Se va por la puerta de la izquierda.*

SANTITA. *Despertándose.* Hola. ¿Ya de vuelta? ¿Pues qué hora es?

DON JULIÁN. Las tres son en la iglesia ahora mismo.

SANTITA. ¿Las tres ya? Vamos a nuestro rezo. *Se levanta.* Estos animalitos están hoy de lo más pegajoso...

Coge el mosquero y lo sacude ahuyentando las moscas. A don Julián le toca en la cabeza.

DON JULIÁN. Dios te lo pague, hermana. *Vuelve Ángela con la gorra de su tío.*

ANGELA. Aquí la tienes.

DON JULIÁN. Dios te lo pague a ti también, hijita.

SANTITA. *Dejando el mosquero.* A rezar, niña, que ya es hora. *Se va por la puerta de la izquierda bostezando.*

ÁNGELA. Hoy no llegamos despiertas ni a la mitad.

DON JULIÁN. Calla, rabo de lagartija.

ÁNGELA. Escúchame, tío.

DON JULIÁN. Tú dirás.

ÁNGELA. ¿Es verdad que ha ido a verte el abogado a la sacristía?

DON JULIÁN. ¿Te trae a ti con mucho cuidado eso?

ÁNGELA. Sí ha ido a verte, sí. ¿A qué ha ido?

DON JULIÁN. Si te lo dijera, ya sabrías tanto como yo.

ÁNGELA. Anda, dímelo.

DON JULIÁN. Lo que has de hacer es irte a rezar con tu madre.

ÁNGELA. Primero voy a contarle a Pilar lo del abogado. *Vase por la puerta de la izquierda.*

Don Julián. Las tiene a todas soliviantaditas el abogado... Je... A ver lo que nos dice el *Diario* esta tarde. *Lo busca.* ¿Dónde me lo han puesto, señor? ¡Vaya! ¡Échele usted un galguito! *Sacudiéndose las moscas con el pañuelo.* ¡Sí que están pesaditas hoy!

Llega por la cancela Adolfo.

Adolfo. Salud, don Julián.

Don Julián. Bien venido, señor don Adolfo. No te esperaba todavía; pero me alegro de que te hayas anticipado.

Adolfo. ¿Se alegra? ¿Por qué?

Don Julián. Siéntate, hombre. Porque ahora mi hermana y mis sobrinitas han empezado sus rezos diarios, y tenemos tiempo de hablar todo lo que quieras con la mayor reserva del mundo.

Adolfo. Tanto mejor. Le aseguro a usted que uno de mis tormentos en este poblacho... —usted perdone...

Don Julián. No, hijito, no; si yo pienso lo mismo que tú; esto es un poblachito, un poblachito.

Adolfo. Pues le decía a usted que uno de mis mayores tormentos aquí consiste en que no doy un paso que no se comente de mil maneras, y en que, sin que yo adivine cómo ni por dónde, se sabe en todas partes hasta lo que hago en mi cuarto con la puerta cerrada. ¡Nada, don Julián! ¡que vivo en un escaparate!

Don Julián. Tienes razón, hijito: estas mujeres lo huelen y lo averiguan todo. Y de entre ellas ninguna como Concha Puerto.

Adolfo. ¡Oh! Concha Puerto es desesperante. A mí me descompone. Y yo que llevo unos días con los nervios en revolución...

Don Julián. Sí que te noté muy excitado esta mañana.

Adolfo. Mis motivos tengo.

Don Julián. Ea, pues vamos a saber cuáles son.

Adolfo. Don Julián, hace diez días que saludé aquí a Juanita La Rosa...

Don Julián. ¡Ah, vamos! ¡Se trata de Juanita La Rosa!

Adolfo. ¡Naturalmente! ¿Pero es que se habla en el pueblo de otra persona desde que yo llegué?

Don Julián. ¿Y qué te sucede de nuevo?

Adolfo. ¡Sencillamente que me han creado con ella una situación intolerable, violentísima, con la que estoy resuelto a acabar! *Se levanta nervioso.*

Don Julián. ¿Sí?

Adolfo. ¡Sí, señor!

Don Julián. Cálmate, hijito, cálmate.

Adolfo. A medida que vivo en Puebla, es natural que me vaya tratando con la gente, ¿no? Otra cosa sería un absurdo. Además, las contingencias de los asuntos que aquí me han traído lo exigen también. Yo soy una persona bien educada; necesito, pues, cumplir con todo el mundo, ver a unos y a otros, frecuentar ciertas casas... Bueno, pues no voy a una sola, don Julián, a la que previamente no se haya invitado a esa señorita, por fas o por nefas. Llego yo, la saludo, quizás y por lo mismo con una frialdad estudiada... Pues como si no: en seguida empiezan las miradas de inteligencia entre los presentes. Y, sin que yo vea quién, una mano pone una silla junto a la de ella, en la que no se sienta nunca nadie más que yo. ¡Como si la silla estuviera apestada para los demás! Y, claro, al sentarme a su lado, sería una grosería si no le hablara; y en cuanto le dirijo la palabra, ya los otros enredan una conversación aparte, prescindiendo de ella y de mí, y nos dejan como a dos novios. ¿Usted cree que esto puede resistirse?

Don Julián. ¡Ja, ja, ja! La verdad, hijito, a mí no

se me antoja cosa tan grave. Yo creo que tú exageras.

ADOLFO. ¿Que yo exagero, don Julián? ¡Usted no tiene idea de las miradas, de las sonrisas, de los golpecitos en la espalda que yo estoy aguantando! No hablo con ella: «¡Cómo disimula!» Hablo: «¡Claro, como que es ridículo disimular!» Paso por su calle: «Amiguito, la soga tras el caldero.» No paso: «Sabe que no está ella.» Hablo con otra: «¡Que le van a reñir a usted!» Y dale con que si tiene tanto o más cuanto, y que si los olivares, que si las viñas, que si va o no va desnuda a la boda... ¡Un mareo! ¡Y así todo el día y toda la noche, hasta que me acuestan! ¡Comprenda usted que no hay paciencia que lo sufra!

DON JULIÁN. Ni remedio hay tampoco como no te vayas del pueblo, hijito. Aquí, por cada hombre, nacen cuatro o cinco mujeres... ¡conque ponle puertas al campo! Pero todo ello no vale un comino; no es para que te alborotes así.

ADOLFO. Es que todavía ocurre algo mucho más grave.

DON JULIÁN. A ver, a ver...

ADOLFO. Yo no sé si del Casino, o del estanco, o de la cerería, o de alguna casa particular, ha salido una especie relacionada con esa señorita y atribuída a mí, altamente ofensiva para ella.

DON JULIÁN. ¡Caramba! Esas ya son palabras mayores. Eso ya es una canalladita. ¿Qué milagro te cuelgan?

ADOLFO. Me repugna que usted lo oiga y repetirlo yo. Una infamia.

DON JULIÁN. Menos mal que ella no ha de enterarse.

ADOLFO. Sí, señor, se ha enterado, y ha creído por lo visto que es cosa mía.

DON JULIÁN. ¿Es posible?

ADOLFO. Me di cuenta de ello la otra noche en casa del registrador. Apenas llegué yo, Juanita y su tía, que estaban allí de tertulia, se levantaron como por resorte y se marcharon sin mirarme siquiera. Al día siguiente se repitió la escena en casa de Concha Puerto. Ayer, en misa, también esquivó mi saludo. Como usted comprende, me interese o no la muchacha, yo no puedo tolerar que me atribuya una invención a todas luces indigna de un caballero. Cogí la pluma y le escribí dos letras sincerándome: diciéndole tan sólo que yo soy primero que nada un hombre de honor, incapaz de ofender jamás a una señorita. Pues bien: esa carta no ha llegado a sus manos.

DON JULIÁN. ¿Por dónde lo sabes?

ADOLFO. Por un anónimo que he recibido esta mañana.

DON JULIÁN. ¿Y vas a hacer caso de un anónimo?

ADOLFO. Sí, señor; desde el momento en que ella no me contesta ni varía de actitud, debo darle crédito al anónimo. La carta se conoce que la ha interceptado la tía, que, con permiso de usted, es un mamarracho.

DON JULIÁN. De acuerdo: es un mamarrachito.

ADOLFO. De manera, querido don Julián, que yo me atrevo a suplicarle a usted que, por mi buen nombre, se tome una molestia.

DON JULIÁN. Di lo que quieras y no vuelvas a hablarme de molestias.

ADOLFO. No deseo más sino que vaya usted a esa casa a justificarme; a dar por mí estas explicaciones que yo no puedo dar.

DON JULIÁN. Hoy mismo te dejaré como corresponde.

ADOLFO. Y yo se lo agradezco a usted en el

alma. Ya que no es posible que yo hable con la muchacha cinco minutos...

DON JULIÁN. ¿Lo preferirías?

ADOLFO. Si hubiera modo de lograrlo, sin otro testigo que usted, desde luego.

DON JULIÁN. Bien, bien, hijito, bien; eso está muy bien. *Se levanta y se asoma a la puerta de la izquierda y a la del jardín.*

ADOLFO. ¿Qué hace usted, padre?

DON JULIÁN. Que a lo mejor Dieguilla se pone a escuchar detrás de las puertas... *Bajando la voz.* Y te voy a decir que te pintan las cosas al pelo.

ADOLFO. ¿Por qué?

DON JULIÁN. Porque no vamos a llamar la atención de nadie, y vas a realizar tu gusto: hablar con Juanita sin más testigos que este cura.

ADOLFO. ¿De veras, don Julián?

DON JULIÁN. Óyeme. Pilar, mi sobrinita, lleva dos o tres días malucha y no sale de su habitación.

ADOLFO. No sabía una palabra.

DON JULIÁN. No es nada de particular: un catarro. Pues bien: como ellas y Juanita son uña y carne, Juanita ha venido sola ayer y anteayer a acompañar a la enfermita. De modo que, si viene también hoy, como estos otros días ha venido, y tú estás aquí, cátate como traída por la mano la entrevista que quieres.

ADOLFO. Sí, señor: es cierto. ¿Y usted cree que vendrá?

DON JULIÁN. Lo creo; y si acertara a venir a estas horas, como ayer, miel sobre las hojuelas. Santita y las muchachas rezan allá: a lo mejor empalman la siesta con el rezo... En estas horas de calor casi todo el mundo se echa un ratito... No hay temor de que llegue nadie... ¡Figúrate si la coyuntura es pintiparada!

ADOLFO. Verdaderamente, don Julián. ¡Haga Dios que se realice todo como usted lo pinta!

DON JULIÁN. Así será. Tú de aquí no te muevas. Yo me voy a cambiar la sotana por el terno de alpaca, que es más fresquito, y aquí estaré en seguida. Hasta ahora, ¿eh?

ADOLFO. Hasta ahora, don Julián; y Dios se lo pague.

DON JULIÁN. Hijito, ¿sabes una cosa?

ADOLFO. ¿Qué cosa, don Julián?

DON JULIÁN. Que te encuentro interesadito, interesadito...

ADOLFO. No... no, señor...

DON JULIÁN. Será que toco yo el violón, como siempre. Interesadito, interesadito...

Vase por la puerta de la izquierda. Pausa. Adolfo está inquieto, aunque a sí mismo trata de ocultárselo. Se asoma al jardín, se asoma a la cancela y mira distraído las fotografías.

ADOLFO. *Consultando su reloj.* Las tres y cuarto ya, y a las cuatro me espera el registrador... *Fijándose en uno de los retratos.* ¿Es ella ésta?... Sí; ella quiere ser. ¡No se parece nada! *Sigue examinando el retrato.*

En esto, y bien ajena a que ha de encontrarse allí al abogado de sus pensamientos, llega de la calle Juanita, vestida de claro, a cuerpo gentil, y con sombrilla y abanico.

JUANITA. *Deteniéndose muy sorprendida.* (¡Ay! ¡Adolfo!) *Da unos pasitos para ver lo que hace.* (¡Mirando mi retrato!) *Le entra mucha risa, que reprime, y se tapa la cara con el abanico.*

ADOLFO. *Volviéndose de pronto hacia ella.* ¿Eh? ¿Quién? ¡Juanita! ¡Dichosos los ojos! ¿Cómo está usted?

JUANITA. Yo bien... ¿y usted?

ADOLFO. Esperándola a usted estaba.

JUANITA. ¿Sí? ¿Pero usted sabía que iba a venir yo?

ADOLFO. Alguna vez había de tocarme a mí saber algo que no supieran los demás.

JUANITA. ¿Y se entretenía usted en mirar ese mamarracho? Me han querido favorecer; pero no me parezco... ¿verdad?

ADOLFO. *Contemplándola.* No... no se parece.

JUANITA. *Después de haber dejado que la mire bien.* Bueno, pues... con su permiso... Yo estoy aquí volada... Me he quedado tonta de la sorpresa de encontrarlo a usted... Lo que menos podía yo imaginarme... Vamos, estoy volada... Con su permiso voy a ver cómo sigue Pilar.

ADOLFO. Un momento.

JUANITA. ¿Qué?

ADOLFO. Que me permita usted un momento; que yo deseo hablar con usted un momento.

JUANITA ¿Le corre mucha prisa?

ADOLFO. Mucha.

JUANITA. En ese caso, llamaré a Santita o a don Julián... porque así, solos... Yo le aseguro a usted que estoy volada... Si llegara alguna persona de la calle...

ADOLFO. Ahora nadie viene, descuide usted. Es la hora de la siesta. Además, habla usted con un caballero, no obstante lo que en contra mía se miente por ahí. Yo le suplico a usted que me escuche un instante... *A una mirada de Juanita hacia la cancela.* No llega nadie, no. Óigame usted, que no la entretendré demasiado.

JUANITA. Ya oigo; ya oigo. No he de negarle a usted lo primerito que me pide. Al fin y al cabo es usted forastero, y debe tratársele con toda consideración.

ADOLFO. Siéntese usted.

JUANITA. Eso ya sería pasar de la raya.

ADOLFO. ¿Por qué? Siéntese usted, Juanita.

JUANITA. Bueno, me sentaré... Pasaré de la raya... Cuando le digo a usted que me he quedado tonta... *Se sienta. Inmediatamente Adolfo se sienta a su lado.*

ADOLFO. Juanita, esta amabilidad con que usted me acoge, y que tanto contrasta con la esquivez y dureza de estos días, me tranquiliza enteramente. Yo, Juanita...

¡Lo que son las cosas de este mundo! La frase que va a comenzar el bueno de Adolfo, con tanta sinceridad y nobleza, queda interrumpida por la llegada de Concha Puerto, que aparece de improviso por la cancela. Trae varios paquetes de tiendas de comestibles y confiterías.

CONCHA. *Enzantada al ver a la pareja.* ¡Ajajá!

ADOLFO. *Como si despertara de un sueño.* ¿Eh?

JUANITA. *Turbada.* Concha Puerto...

CONCHA. ¡Ajajá!

ADOLFO. ¿Qué quiere decir ¡ajajá! señora?

CONCHA. ¿No lo ha oído usted decir nunca? A todo esto, buenas tardes. Pues ¡ajajá! quiere decir que yo me alegro mucho, que esto ya se esperaba, que está muy bien... Vamos, que ¡ajajá! Y que sigan ustedes hablando, que yo no estorbo.

ADOLFO. No, no, señora; un poco de calma. Yo le debo explicar a usted...

JUANITA. Ah, sí; no se figure usted otra cosa.

CONCHA. Ni me figuro nada, ni necesito explicaciones. Repito que no estorbo. He venido a hacerle a Pilar el bizcocho borracho que dicen que cura los catarros. No los cura, pero lo dicen. Y me voy a la cocina al instante. No estorbo. Hasta luego. No estorbo. *Echa a andar hacia el jardín muy satisfecha.*

ADOLFO. Señora...

CONCHA. *Volviéndose.* No me diga usted una pa-

labra, hombre. Ciertas cosas no necesitan comentarios. No estorbo, no estorbo... *Se va por el jardín hacia la izquierda.*

ADOLFO. ¡Pues, señor, bien! ¡Estamos frescos!

JUANITA. *Abanicándose.* Regular.

ADOLFO. ¡No puedo con las oficiosidades de esta señora! ¡Qué inoportuna es! ¿Por qué razón no hace el bizcocho ese para los catarros en la cocina de su casa? ¿Qué precisión tenía de venir aquí, con el calor que hace, y nosotros de verla, y de que imagine y propale lo que no es menester?

JUANITA. ¿No le dije yo a usted que estaba volada?... Ha sido una imprudencia. Y me voy, me voy allá dentro.

ADOLFO. Ya, ¿para qué? Quien fatalmente había de venir, ha venido... Le ruego a usted que no se vaya sin contestarme a esta pregunta: ¿ha recibido usted una carta mía?

JUANITA. Esta mañana tempranito; sí, señor. ¿Se le cayó a usted alguna cosa de la mano? Me la entregó mi tía, que me la había ocultado hasta entonces.

ADOLFO. ¿Y ha creído usted lo que le digo en ella?

JUANITA. No tenía usted necesidad de habérmelo dicho. Por las señas usted me merece a mí mejor opinión que yo a usted.

ADOLFO. Muchas gracias... Como había notado en usted una seriedad, un aire tan esquivo...

JUANITA. La obligan a una a tantas cosas... Mi tía es tan exagerada y tan especial...

ADOLFO. ¿Luego usted no creyó ni un instante...?

JUANITA. Ni un instante, Adolfo.

ADOLFO. Así lo pensaba yo, y así lo deseaba; pero comprenda usted que era preciso que lo supiera por usted misma.

El catarro de Pilar trae a la casa, según se ve, extraño movimiento a desusadas horas. Llega don Ceci-

lio a este punto, también por la cancela, y no puede contener una exclamación de extrañeza al encontrarse con aquel cuadro inesperado.

DON CECILIO. ¡Caracoles!

ADOLFO. *Poniéndose en pie de un brinco.* ¿Quién?

DON CECILIO. Yo. Gente de paz. No hay que alarmarse, amigo mío.

ADOLFO. ¿Qué tal, señor doctor?

DON CECILIO. No tan bien como usted, pero vamos viviendo. ¿Y tú, monona? Sigan, sigan ustedes arrullándose.

JUANITA. No nos arrullábamos, doctor; no somos tórtolos.

DON CECILIO. ¿No? Eso, allá ustedes, nena. *A Adolfo.* ¿Qué le dije yo a usted?

ADOLFO. ¿Cómo?

DON CECILIO. ¿Qué le dije yo a usted? ¿Usted se acuerda de lo que yo le dije?

ADOLFO. Me ha dicho usted tantas cosas, amigo...

DON CECILIO. Ya entiende usted a la que me refiero... ¿Qué le dije?

ADOLFO. La verdad; no recuerdo ahora.

DON CECILIO. ¿No recuerda usted ahora, eh? ¡Pues yo sí! Y no interrumpo más. Voy a ver a la enfermita esa. ¡Qué demonio! ¡La historia se repite! *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

JUANITA. Este buen señor, como le han dicho que tiene gracia, quiere tenerla en todas las ocasiones. Y lo que es ahora no la ha tenido.

ADOLFO. No la ha tenido, no.

JUANITA. Bien, Adolfo; yo estoy haciendo lo que no debo. Usted ya sabe de mí lo que deseaba, ¿no?

ADOLFO. Ya lo sé.

JUANITA. En ese caso...

ADOLFO. Sí; no debo yo tampoco detenerla más tiempo. ¿Hasta después?

JUANITA. No sé si nos veremos después.

ADOLFO. Pues hasta mañana.

JUANITA. Tampoco sé si nos veremos mañana.

ADOLFO. Entonces...

JUANITA. Sí; hasta que nos veamos.

ADOLFO. Hasta que nos veamos.

JUANITA. Casualmente...

ADOLFO. ¿Casualmente?

JUANITA. Como ahora... que nos hemos visto por casualidad...

ADOLFO. Sea como sea, yo quiero que sea pronto.

Se miran, retardando el momento de separarse. Llega a la cancela oportunamente el Sacristán de San Antonio, tipo relamido y dulzón. Trae un artefacto con un retrato del santo bastante parecido y cuya parte inferior es un cepillo para las limosnas.

SACRISTÁN. ¡San Antonio Bendito!

ADOLFO. ¿Eh?

JUANITA. ¿Qué?

SACRISTÁN. ¡Para el culto de San Antonio!

JUANITA. ¡El sacristán de San Antonio! ¿Qué le parece a usted?

ADOLFO. *Buscándose cuartos en el bolsillo del pantalón.* Tome, hermano. ¡Vaya! Ahora no traigo suelto. Es igual. *Saca de su portamonedas una de dos pesetas y la deposita en el cepillo. El Sacristán abre cada ojo como las dos pesetas.* Tome.

SACRISTÁN. *Destilando arrope por la boca.* ¡San Antonio bendito se lo pague! ¡Y le dé lo que necesite! ¡Y a la señorita también... y no digo más! ¡Muchas felicidades!

Se va. Adolfo y Juanita sueltan la carcajada.

JUANITA. ¡Bueno! Pues ahora es cuando va a saberse esto en todas las casas de Puebla. ¡Usted no se puede figurar lo que son dos pesetas en el cepillo de San Antonio!

ADOLFO. *A don Julián, que llega.* ¡Don Julián!

Vuelve don Julián por donde se marchó, de americana y gorra.

DON JULIÁN. ¡Hola! ¿Ya tenemos aquí a la madamita?

JUANITA. ¡Don Julián!

DON JULIÁN. ¿Has llegado ahora? ¿Cuándo ha venido?

ADOLFO. Momentos después de retirarse usted.

DON JULIÁN. ¡Ah, vamos! ¿Y según veo las caras, han hablado ustedes ya de lo que tú querías?

ADOLFO. Sí, señor.

DON JULIÁN. ¿Ves tú, hombre? Y nadie se ha enterado, y nadie los ha visto a ustedes, y no hay por qué darle un cuarto al pregonero.

ADOLFO. No; no nos ha visto nadie, esa es la verdad.

JUANITA. ¡Nadie!

Se ríen los dos.

DON JULIÁN. ¿De qué se ríen ustedes? ¿Ha venido alguien acaso?

JUANITA. ¡Concha Puerto!

DON JULIÁN. ¡Ave María Purísima!

JUANITA. A hacer un bizcocho para Pilar.

DON JULIÁN. ¡Es verdad, que lo dijo anoche! ¿Cómo se me ha ido a mí por alto?

ADOLFO. Y luego don Cecilio...

DON JULIÁN. ¿Cecilio también? ¡Claro! a ver a... ¡Válgate Dios, hombre, válgate Dios!

JUANITA. Y a última hora el sacristán de San Antonio.

DON JULIÁN. ¡Santa Bárbara bendita! ¡Pues ese ya es peor que el extraordinario de un periódico! ¡Qué mala manita he tenido! ¡Quién sabe! Será que está escritito allá arriba; será que está escritito.

ADOLFO. Será eso.

DON JULIÁN. *Mirando a la cancela.* ¡Y anden los títeres! Aun nos queda el rabo por desollar.

JUANITA. ¿Quién?

DON JULIÁN. Tu tía, con cara de palo.

JUANITA. ¿Mi tía? *A Adolfo.* ¡Buena la ha hecho usted!

ADOLFO. ¿Yo?

JUANITA. Usted, usted.

En efecto, llega doña Belén. La amable sonrisa de su rostro ha desaparecido.

DOÑA BELÉN. Buenas tardes.

DON JULIÁN. Buenas tardes, hijita.

ADOLFO. Señora...

Doña Belén le baja la cabeza.

DON JULIÁN. ¿Qué? ¿Vienes a ver a Pilarcita, no?

DOÑA BELÉN. Sí. Pero antes quisiera hablar con usted. *A un movimiento de don Julián.* Reservadamente.

DON JULIÁN. Ah; conforme. Nos iremos ahí a la sala.

ADOLFO. Yo me marcho.

DON JULIÁN. No es menester, hijito.

ADOLFO. Es que tengo un quehacer urgente. Me esperan.

DON JULIÁN. Ya eso es otra cosa.

JUANITA. Pues aquí estábamos entretenidos charlando los tres...

DOÑA BELÉN. Sí; acaba de decírmelo el sacristán de San Antonio.

La temperatura baja cinco grados.

JUANITA. El sacristán llegó en un momento...

DOÑA BELÉN. Silencio, niña. Y usted, señor mío, óigame cuatro palabras antes de marcharse.

ADOLFO. Con mil amores. Diga usted.

DOÑA BELÉN. Cuando un caballero...

JUANITA. Tía...

DOÑA BELÉN. Cuando un caballero...

DON JULIÁN. Belén...

DOÑA BELÉN. Cuando un caballero desea hablar con una señorita—le interese en cierto sentido o no; que no hemos de hacer caso del mentir de la gente,— lo primero de que debe curarse ese caballero es de contar con la voluntad de aquella o aquellas personas que representan al lado de la señorita la autoridad materna o paterna.

ADOLFO. Muy bien. ¿Será usted tan amable que me escuche a mí otras cuatro palabras?

DOÑA BELÉN. ¿Por qué no?

ADOLFO. Cuando un caballero desea sincerarse con una señorita, porque las personas que representan para ella la autoridad materna o paterna, por excepción, sin duda, han hecho caso del mentir de la gente en algo que ofende a ese caballero, ese caballero acude para aconsejarse a los amigos más bondadosos y prudentes; y cuando tiene la fortuna de hallarse en una casa a la cual llega la señorita con quien le importa hablar, habla con ella sin desdoro alguno para nadie, y sin faltar a la más escrupulosa cortesía, sobre todo si es en una casa tan digna y respetable como ésta. A los pies de usted. Don Julián, hasta luego. Juanita... *Se va por el jardín.*

Doña Belén sorbe como si ella acabara de hablar.

JUANITA. ¿Ves, tía, a lo que te has expuesto?

DOÑA BELÉN. ¿Cómo se entiende, niña? ¿A qué me he expuesto yo? Por consideración al padre no le he contestado lo que se merece. Estos picapleitos tienen la lengua muy expedita; pero a mí no me ganan. Vete allá dentro con Pilar, ya que a lo que viniste fué a verla. ¿No es así?

JUANITA. Sí, señora, sí; a verla vine. *Éntrase por la puerta de la izquierda mirando al padre con el rabillo del ojo, como encomendándose a él.*

DOÑA BELÉN. *Volviendo a su hábitual sonrisa rápidamente, una vez que Juanita se va.* Vamos a ver, padre: ¿qué ha pasado aquí?

DON JULIÁN. Hijita, pareces tonta algunas veces: ¿qué ha de haber pasado? Que Adolfo vino a saludarme, y mientras fuí yo a cambiar de ropa llegó tu sobrina casualmente y pegaron la hebra. Adolfo es todo un caballero...

DOÑA BELÉN. Si ya lo sé, padre. Y hemos de tratar de él, porque sospecho que la madeja se va enredando.

DON JULIÁN. Se enreda, se enreda...

Sale muy presurosa y alterada Concha Puerto por entre las cortinas del foro. Viene con delantal blanco de peto. Trae un poco remangadas las mangas de la blusa.

CONCHA. ¿Qué es eso? ¿Ha habido algún disgusto? ¡Porque va Adolfo por el jardín como un cohete! Hola, doña Belén.

Siguiendo a Concha Puerto acuden también sucesivamente Ángela y Santita, en muy parecida actitud.

ÁNGELA. ¿Qué ha sido, qué ha sido? Buenas tardes.

SANTITA. ¿Qué ha pasado? Dios te guarde, Belén. ¿Qué ha pasado?

DOÑA BELÉN. Nada, no ha pasado nada... Buenas tardes a todas. ¿Verdad, padre, que no ha pasado nada?

DON JULIÁN. Nada absolutamente. Lo que hay es que esta señora de la edad media trata a su sobrina con mucho rigor; con excesivo rigor en mi concepto.

SANTITA. ¿Eh? ¿Qué dice?

CONCHA. ¡Que doña Belén, a juicio del padre, trata con demasiado rigor a Juanita!

SANTITA. ¡Ah, ya! Pues ¿saben ustedes lo que yo

les digo? ¡Que la trata con ese rigor para que ella y el abogado se metan más en la canasta!

Risas.

DOÑA BELÉN. *Haciéndose cruces.* ¡Ay, ay, ay!...

SANTITA. ¡Se lo digo a ustedes, y te lo digo a ti, y se lo voy a decir a ella ahora mismo para que se ahorre llantinas! ¡Se concluyó! *Vase por la puerta de la izquierda.*

DOÑA BELÉN. ¡Qué Santita esta! ¡Qué cosas piensa a lo mejor! Padre, venga usted conmigo a ver a la enfermita, y hablaremos de nuestro pleito nosotros...

DON JULIÁN. Sí, hijita, sí; vamos.

DOÑA BELÉN. ¡Qué Santita! ¡qué Santita esta!

DON JULIÁN. Notable, notable... No hay otra para soltar fresquitas...

Márchase por la puerta de la izquierda con doña Belén. Ambos se ríen del lance.

CONCHA. Ha tenido tu madre la mar de gracia.

ÁNGELA. ¡La mar de gracia! Voy a contárselo a Pilar. *Hace que se va y vuelve.*

CONCHA. Como que esta remilgada de doña Belén tiene más debajo de tierra que encima; tira la piedra y esconde la mano; nada y guarda la ropa. Así va el otro para la calle: que lleva las orejas como dos frailes convidados.

Aparece Pepe Lora por la cancela, sorprendiendo a las dos. Viene más torvo que de costumbre.

ÁNGELA. ¡Concha!

CONCHA. ¿Qué?

ÁNGELA. ¡Mire usted! ¡Pepe Lora!

CONCHA. *Recibiéndolo con amable extrañeza.* ¡Pepe Lora! ¿Tú por aquí?

PEPE. Yo por aquí, ¿no me está usté viendo? Dios te guarde, Angelita.

ÁNGELA. Ven con Dios, hombre. ¿Qué hay?

PEPE. Un día más que ayé.

CONCHA. Un día más que ayer, ya lo oyes. La respuesta es filosófica; pero Angelita te pregunta qué te trae por aquí.

PEPE. Los pies me han traío.

ÁNGELA. Viene profundo.

PEPE. ¿Y er *Diario*, no anda por ahí?

CONCHA. ¿Ya salimos con el achaque del *Diario*? Levanta los ojos del suelo y di qué mosca te picó y qué viento te ha echado para esta casa.

PEPE. Mosca, ninguna; zino que er zacristán de Zan Antonio me ha zoplao que estaban aquí pelando la pava Juanita y eze forastero, y quería yo verlos por miz ojos.

ÁNGELA. Pues ya ves que no están aquí.

PEPE. Pos le vi a partí la cara ar zacristán. Na más que ezo.

CONCHA. No; déjale la cara completa; porque no están; pero han estado.

PEPE. ¿Que han estao?

CONCHA. Y muy entretenidos, y muy a gusto... y sin echarte a ti de menos, ciertamente.

PEPE. ¿Zí, eh? Ya zé yo que eze poyo ze las tira de qué zé yo qué, y que gasta mucha poezía cuando habla.

ÁNGELA. ¿Mucha poesía?

PEPE. Zí; mucha poezía. Eya también cojea der mismo pie. Pero ze les va a concluí la poezía al uno y a la otra.

CONCHA. ¿Qué dices?

PEPE. Que le vi a partí la cara al abogao. Na más.

ÁNGELA. ¡Jesús! Ya van dos caras rotas.

PEPE. ¿Tú zabes las tripas que tengo?

CONCHA. Ganas de tener tripas.

PEPE. No, zeñora, que no zon ganas. Porque yo fuí novio de Juanita, y Juanita me plantó a mí de mala manera, y de mí no ze *chuflea* Juanita; y eza me la paga a mí Juanita.

ÁNGELA. Pero, hombre, Pepe, si Juanita ya no te ilusiona...

PEPE. Déjate de iluziones: to ezo es poezía.

ÁNGELA. Si nunca fué tu tipo...

PEPE. Poezía, poezía.

ÁNGELA. Si en la calle Escobas hay otra muchacha que suspira por ti...

PEPE. Poezía, to ezo es poezía.

CONCHA. Déjalo, Ángela; no te canses en convencerlo. Para éste, lo que no sea partirle la cara al abogado, no es más que poesía.

ÁNGELA. Verdad que sí.

PEPE. Zi ustedes hubieran recibío el anónimo que yo recibí ayé de mañana...

ÁNGELA. ¿Un anónimo?

CONCHA. ¿Te han puesto un anónimo?

PEPE. Un anónimo que arde en un candí. Calentándome la cabeza. Yo, por mí, ya estaba rezuerto a hacé la vista gorda...

CONCHA. ¿Y el anónimo te ha revuelto la sangre?

PEPE. Zí, zeñora. No quiziera más que zabé de quién es pa partirle la cara.

CONCHA. ¡Ave María! De esta hecha el pueblo entero de perfil.

ÁNGELA. ¿Pero qué te dicen en el anónimo?

PEPE. ¿Que qué me dicen? Vas a vé.

CONCHA. Ah, ¿lo traes ahí?

PEPE. Aquí lo traigo. *Saca del bolsillo un pliego y lee con alguna dificultad.* «Buenos días, Pepe Lora.» Porque hasta la guaza de darme los buenos días...

ÁNGELA. Hombre, como te lo mandaron por mañana...

PEPE. *Leyendo.* «¿No eras tú er que no iba a conzentí que Juanita La Roza tuviera novio? Pos ya lo tiene.»

ÁNGELA. También la gente es como Dios la ha hecho.

*

PEPE. Verás, verás. *Sigue la lectura.* «Por lo visto va contigo aquer refrán de que perro que ladra no muerde.» ¡Je! «¡Nadie lo hubiera creído al oírte! Pos ten en cuenta, Pepe Lora, que vas a dá que reí más de lo que ya has dao como zigas tan... tan i... tan i...»

CONCHA. Irresoluto.

PEPE. ¿Eh?

CONCHA. *Señalando en el papel la palabra para dar a entender que la ha leído.* Irresoluto; irresoluto dice.

Entre Ángela y Concha se cruza una mirada llena de malicia.

PEPE. ¿Y qué ez irrezoluto?

CONCHA. Irresoluto significa tanto como achicadillo en el caso presente.

PEPE. ¿Achicaíyo, eh? Miste como no da la cara er que me lo ha puesto.

CONCHA. ¿Y quién te da la cara a ti con las aficiones que tienes?

ÁNGELA. *Con intención, aludiendo a Concha.* Pues mi opinión, valga por lo que valga, Pepe Lora, es que eso está escrito con la sana idea de que tú provoques al abogado para que al abogado se le encienda más el cariño por Juanita La Rosa.

CONCHA. No tendría nada de particular.

PEPE. To ezo zigue ziendo poezía. Después de este anónimo, la primera vez que me tropiece yo al abogao, le zuerto dos guantás que le van a quitá la poezía a é y a toa zu casta. ¡A vé zi va conmigo er refrán de que perro que ladra no muerde! ¡A vé!

Llega oportunamente Adolfo por donde se marchó.

ADOLFO. Buenas tardes.

PEPE. Buenas tardes.

ÁNGELA. ¡Huy!

CONCHA. ¿Aquí otra vez, Adolfo?

ADOLFO. Sí... Dejé una situación tan violenta, que apenas he podido... *Observando la turbación de todos.* ¿Qué pasa?

PEPE. Paza er tren por la vía.

ADOLFO. No entiendo.

PEPE. Y la zaliva por la garganta paza también.

ADOLFO. ¿Y usted quién es?

PEPE. Quizás le zuene a usté mi nombre. Yo zoy Pepe Lora.

ADOLFO. Ah, vamos. Ahora me explico su actitud. Es usted Pepe Lora.

CONCHA. Sí; es Pepe Lora.

ÁNGELA. Pepe Lora.

ADOLFO. Pues yo soy Adolfo Adalid.

PEPE. Y yo quiero hablá con usté.

ADOLFO. Hablando estamos, creo.

PEPE. Aquí zobra gente.

ADOLFO. Aquí no sobra nadie más que usted, en todo caso.

CONCHA. Adolfo, por Dios...

PEPE. Er que zobra aquí no lo zabemos; pero yo quiero hablá con usté en un zitio zolo.

ADOLFO. Elíjalo usted a su gusto.

PEPE. Tiene que zé en un zitio zolo.

ADOLFO. Elíjalo usted.

PEPE. Er zalón de lertura der Cazino: ayí no entra nadie.

ADOLFO. Perfectamente.

PEPE. Y luego nos iremos adonde haga farta.

ADOLFO. Convenido.

PEPE. Pos pa ayá me voy yo.

ADOLFO. Y yo le seguiré a usted los pasos.

PEPE. Buenas tardes.

CONCHA. Buenas tardes.

PEPE. ¡Pa que te me vengas a mí con poezía! *Se marcha.*

ÁNGELA. ¡Ay, yo voy a contárselo a Pilar! *Vase corriendo por la puerta de la izquierda.*

ADOLFO. Pero ¿qué me querrá ese gaznápiro? ¿Usted lo sabe?

CONCHA. Sí, señor: que no le guste a usted Juanita.

ADOLFO. ¿Vuelta la burra al trigo? ¡Pretensión más ridícula y más desatinada! ¿Habrá zopenco? ¿Quiere usted decirme por qué anda ese pollino suelto por las calles?

CONCHA. Está usted alteradísimo, Adolfo.

ADOLFO. Lo estoy, sí. ¿Es pariente de usted, quizás?

CONCHA. ¡Dios me libre!

ADOLFO. ¡Como en estos pueblos resulta que no hay más que parientes! Perdóneme usted.

Por la puerta de la izquierda sale dan Cecilio dispuesto a marcharse.

DON CECILIO. ¡Hola! ¡hola! ¿Sigue usted aquí?

ADOLFO. No, señor.

DON CECILIO. Ah, ¿no sigue usted aquí?

ADOLFO. Quiero decir que me he ido y he vuelto.

DON CECILIO. Peor todavía.

ADOLFO. ¿Cómo peor?

DON CECILIO. Yo me entiendo, hombre.

ADOLFO. Usted se entenderá.

DON CECILIO. ¡Se enfada! ¡Malo!

ADOLFO. ¡No sé qué pueda haber de extraordinario en que yo vuelva a ver a don Julián para que usted lo tome de esa manera!

DON CECILIO. ¿A don Julián viene usted a ver?

ADOLFO. Sí; a don Julián.

DON CECILIO. Disimula: ya no tiene arreglo. Es usted una mosca cogida en la tela de araña. Sin solución. Va usted de cabeza a la becerrada. Hará usted lo que quieran las mujeres de Puebla.

CONCHA. ¡Mejor lo pasará que haciendo lo que quieran los hombres!

ADOLFO. ¡Se ha empeñado usted en que yo he de ser aquí juguete de las circunstancias, porque usted lo haya sido, y yo en este pueblo, y en todas partes, conservo y conservaré mi libre albedrío como el más pintado!

DON CECILIO. Como el más pintado. No se inquiete usted, Concha, que ya me voy. Me voy, amigo Adolfo. Y me voy a ver a un enfermo que está muy grave. Junta de médicos tenemos. Pues bien: a ese enfermo puede que lo salvemos entre todos. ¡A usted ya no lo salva ni la caridad! En sus manos de usted lo dejo, Concha. Felices.

CONCHA. Vaya usted con Dios.

ADOLFO. Vaya usted enhorabuena.

DON CECILIO. ¡Usted toreará! *Se va riéndose.*

CONCHA. *A Adolfo, desahogando su indignación contra el médico.* Todo lo que tiene este señor es que su casa es un titirimundi, ¿comprende usted? Los vecinos dicen que él hace las camas y repasa la ropa. La señora es fea como un demonio. Y las niñas no pueden con las cabezas de postizos que llevan. ¿Usted sabe cómo les llaman? «El saldo de crepé.» Porque en Puebla hay mucha gracia para poner motes. Y si yo le contara a usted...

ADOLFO. ¡No me cuente usted por Dios más chismes del pueblo! Lo que quiero saber cuanto antes...

CONCHA. *Mirando hacia la puerta de la izquierda.* Lo que usted quiere saber va a saberlo en seguida. Con permiso, que el almíbar se me estará pasando. Vuelvo, vuelvo. *Se va por el jardín.*

ADOLFO. ¿Eh?

Al propio tiempo, y por la puerta de la izquierda, llega Juanita.

JUANITA. ¡Concha!

ADOLFO. ¡Juanita!

JUANITA. ¡Adolfo! ¿Cómo está usted aquí? Me dijo Angelita que me llamaba Concha Puerto...

ADOLFO. Y yo celebro la casualidad o el engaño.

JUANITA. Usted no tiene nada que celebrar; usted se va ahora mismo, si no quiere dar lugar a que salga mi tía y me riña otra vez.

ADOLFO. Ahora mismo me voy; pierda usted cuidado.

JUANITA. Pues, ande usted; aquella es la cancela. No tengamos la de antes, que una palabra tiraba de la otra y hablamos los dos más de lo preciso.

ADOLFO. ¿Le ha pesado a usted?

JUANITA. Ni ha dejado de pesarme tampoco. Mi tía se ha puesto por las nubes.

ADOLFO. Pero ¿usted ha sentido decirme algo de lo que me ha dicho, Juanita?

JUANITA. Como no se vaya usted inmediatamente voy a tener que arrepentirme de todo.

ADOLFO. No, no será. Y no será, porque ya la obedezco.

JUANITA. *Observando que Adolfo no se mueve.* No veo que me obedezca usted.

ADOLFO. La verdad: ya que nos hemos vuelto a ver: antes me fuí con una curiosidad muy grande, y ahora no quisiera irme también con ella.

JUANITA. ¿Una curiosidad?

ADOLFO. Muy grande.

JUANITA. ¿Se refiere a mí?

ADOLFO. ¡Claro!

JUANITA. Bueno, con tal de perderlo pronto de vista... ¿Qué es lo que quiere usted saber, *pedilón*?

ADOLFO. ¿Es verdad que escribe usted coplas?

JUANITA. ¡Mira por dónde sale! ¿Y para esto se ha entretenido?

ADOLFO. ¿Es verdad?

JUANITA. ¿Y a usted qué le importa, curioso?

ADOLFO. Me ha caído en gracia la afición.

JUANITA. ¿Sí?

ADOLFO. La encuentro original en una muchacha.

JUANITA. Pues es que yo sé muchas coplas, y algunas veces, cuando estoy alegre, o cuando estoy triste, o en otras ocasiones, me da la vena por hacerlas yo; pero sin pensar decírselas a nadie. Yo creo que imitando sin darme cuenta las que sé.

ADOLFO. Dígame usted a mí una.

JUANITA. Eso sí que no.

ADOLFO. ¿Por qué?

JUANITA. Porque son pamplinas de muchacha.

ADOLFO. No son pamplinas.

JUANITA. Sí lo son; ¿me lo va usted a contar a mí? Además, no me acuerdo.

ADOLFO. Haga usted memoria.

JUANITA. ¡Jesús! Acabará usted por abochornarme.

«Quiero y no quiero decir,
y estoy sin decir diciendo;
quiero y no quiero querer,
y estoy sin querer queriendo.»

ADOLFO. *Con cierta alarma, cuyo motivo en rigor no le pesa.* ¡Preciosa copla!

JUANITA. ¿Le gusta?

ADOLFO. Muchísimo.

JUANITA. Pues esa es popular; no es mía.

ADOLFO. ¡Ah, no! ¡Yo quiero una de usted!

JUANITA. He dicho esa primero para quitarme la vergüenza. A ver si me acuerdo de alguna mía que no sea muy feúcha.

ADOLFO. A ver.

JUANITA. No pases más por mi casa,
que la gente es muy chismosa;
yo no paso por la tuya,
y estoy allí a todas horas.

ADOLFO. *Sintiendo el halago.* ¡Lindísima también! Más me gusta que la popular.

JUANITA. Muchas gracias. Eso ya lo sabía yo.

ADOLFO. ¿Que usted sabía eso?

JUANITA. Que iba usted a decírmelo es lo que sabía: porque es usted de lo más galante.

ADOLFO. Y...

JUANITA. Y nada más. *Tratando de irse.* Hasta el año que viene.

ADOLFO. Otro segundo.

JUANITA. Se acabaron los segundos, señor mío.

ADOLFO. ¿Recuerda usted cuándo escribió la copla esa?

JUANITA. ¿Cuándo escribí?... Es usted el único preguntando cosas difíciles de contestar. Ya se echa de ver que es usted abogado.

ADOLFO. ¿En qué?

JUANITA. En que busca bien las callejuelas para ir adonde le conviene.

ADOLFO. ¿Me contesta usted?

JUANITA. A eso, no. Lo que le ruego por última vez...

ADOLFO. Sí; ya me marcho. Perdóneme. Es que estoy saboreando a mis anchas el placer de hablarle sin testigos; de contemplarla a gusto de mis ojos. ¿Le sorprende a usted este tono en que ahora le hablo y el lenguaje que empleo? Pues para usted ya no tengo otro. Es verdad, sí; es verdad lo que todos dicen o lo que todos quieren, aunque no sea verdad porque ellos lo quieran o lo digan. Yo no sé cuándo ni dónde comenzó, pero me inspira usted esa simpa-

tía que no se satisface sino al lado de la persona de donde viene.

JUANITA. Por Dios, Adolfo...

ADOLFO. Estas palabras, este sentimiento, ¿encuentran eco en su corazón, por ventura? Esa copla que acaba usted de decirme y por cuya fecha le he preguntado, ¿la pensó usted después de haberme conocido a mí?

JUANITA. Adolfo, yo no puedo hablar... yo no quiero hablar...

ADOLFO. Pues es preciso que hablemos mucho, mucho; pero no donde puedan estar veinte ojos curioseándonos, ni veinte oídos escuchando nuestras palabras; sino en un lugar apartado, solo, tranquilo... ¿Dónde podríamos hablar de esta manera usted y yo?

Concha Puerto, que momentos antes ha vuelto considerando que haría falta, exclama con la mayor espontaneidad:

CONCHA. ¡Señor, en mi reja; que se la estoy ofreciendo a usted desde que vino al pueblo!

ADOLFO. *Un poco desconcertado al oírla y al verla.* ¿Cómo? ¿En su reja?

CONCHA. ¡Naturalmente! ¿No recuerda usted mis ofrecimientos, hombre de Dios?

ADOLFO. Sí, sí recuerdo... La luna, el surtidor, los jazmines... Recuerdo, recuerdo... Ahora, que yo no sé si Juanita...

JUANITA. Juanita está sin pulso. Creámelo usted. Eso de la reja es cosa admitida en el pueblo este... Y tocante a usted, a nada lo compromete el ir. Yo hablaré con mi tía...

ADOLFO. ¿Cuándo?

CONCHA. ¡Usted pase esta noche por mi calle a las diez, y no se meta en más!

ADOLFO. ¿Qué dice usted, Juanita?

JUANITA. ¿Qué he de decir yo? ¿Va usted a des-

atender a Concha Puerto, que es tan buena amiga?

ADOLFO. Gracias... Hasta la noche.

JUANITA. Hasta la noche.

CONCHA. ¡Quéjese usted de mí!

ADOLFO. *Estrechándole la mano.* Después de esto, nunca. Adiós.

CONCHA. Adiós.

JUANITA. Adiós.

Se marcha Adolfo dispuesto a convidar a Pepe Lora a lo que le pida.

CONCHA. Se me han pasado unas ganas de preguntarle a este señorito: «¿Le gustaba a usted Juanita La Rosa, o eran cosas de Puebla de las Mujeres?» ¡Lo que tiene que se pasa una de discreta!

Vuelve Angelita.

ÁNGELA. ¡La gracia que le ha hecho a Pilar!... ¿Se fué el abogado?

CONCHA. Se fué, sí; pero mira qué carita tiene ésta.

ÁNGELA. Pues ¿qué hay?

JUANITA. Nada... que esta noche, si me lo permite mi tía...

ÁNGELA. ¡Te lo permitirá!

JUANITA. Iré a la reja de Concha Puerto a hablar con él.

ÁNGELA. ¡Que sea enhorabuena, hija de mi alma! Me alegro y me alegro. Y ahora mismo voy a contárselo a Pilar, que también va alegrarse. Porque nosotras no conocemos la envidia, como muchas del pueblo. Y, en último caso, sabemos que lo que está para una no está para otra.

JUANITA. Es claro. Yo te agradezco tu alegría. *Se abstrae, y pasea como embelesada.*

ÁNGELA. *Bajo a Concha Puerto.* Oiga usted, Concha.

CONCHA. Oigo.

ÁNGELA. El anónimo de Pepe Lora lo puso usted.

CONCHA. Yo misma. El abogado estaba muy sobre sí, y necesitaba banderillas de fuego. Y todo acabará en que se tomen juntos unas copas.

ÁNGELA. Voy a contárselo a Pilar.

CONCHA. ¿Qué le sucede a ésa?

ÁNGELA. ¿Qué te pasa, tú?

JUANITA. Callar.

CONCHA. ¿Eh?

JUANITA. Callar un momento, que se me ha ocurrido una copla.

ÁNGELA. Dila.

JUANITA. Espera. *Después de una pausa en que la llama de la inspiración asoma a sus ojos.* Ya está.

ÁNGELA. Dila.

CONCHA. Dila.

JUANITA. Al hombre yo lo comparo
con un barquito de vela,
y a la mujer con el aire
que adonde quiere lo lleva.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, agosto; Madrid, octubre, 1911.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.—Pedro López.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—Así se escribe la historia.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.—Pipiola.—Don Juan, buena persona.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.—Los marchosos.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita,

nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.—Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.—La cuerda sensible.—Secretico de confesión.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.

MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.—Pesado y medido.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fé, Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín. Barcelona.*

La madrecita, *novela corta.*

La mujer española, *una conferencia y dos cartas. Biblioteca Hispania, Madrid.*

EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol, *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.—Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori *(Las flores)*.—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze *(La Zagala)*, por GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra *(El genio alegre)*, por JUAN FABRÉ Y OLIVER y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole *(Las de Caín)*, por JUAN FABRÉ Y OLIVER.

I fastidi della celebrità *(La vida íntima)*, por GIULIO DE MEDICI.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio *(Amor a oscuras)*, por LUIGI MOTTA.

Il centenario, por FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, por GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore *(Puebla de las Mujeres)*, por ENRICO TEDESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Jettatura *(La mala sombra)*.—Anima malata *(Herida de muerte)*.—Chi mi ricorda lei? *(¿A quién me recuerda usted?)*—Così si scrive la storia, por GILBERTO BECCARI y LUIGI MOTTA.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta *(Doña Clarines)*, por GINO CUCCHETTI.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por CARLO MONTICELLI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslust (*El genio alegre*), por el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por MARY V. HAKEN.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. Borzia.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por Georges Lafond y Albert Boucheron.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. Smidt-Reineke.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*), por Joao Soler.

Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de confissão, por Alice Pestana (Caïel).

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por Mrs. Lucretia Xavier Floyd.

Malvaloca, por Jacob S. Fassett, Jr.

By their words ye shall know them (*Hablando se entiende la gente*), por John Garrett Underhill.

155913 Ls.
Joaquin. A478pu
Author Alvarez Quintero, Serafin and Alvarez Quintero
Title Puebla de las mujeres, comedia en dos actos.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU